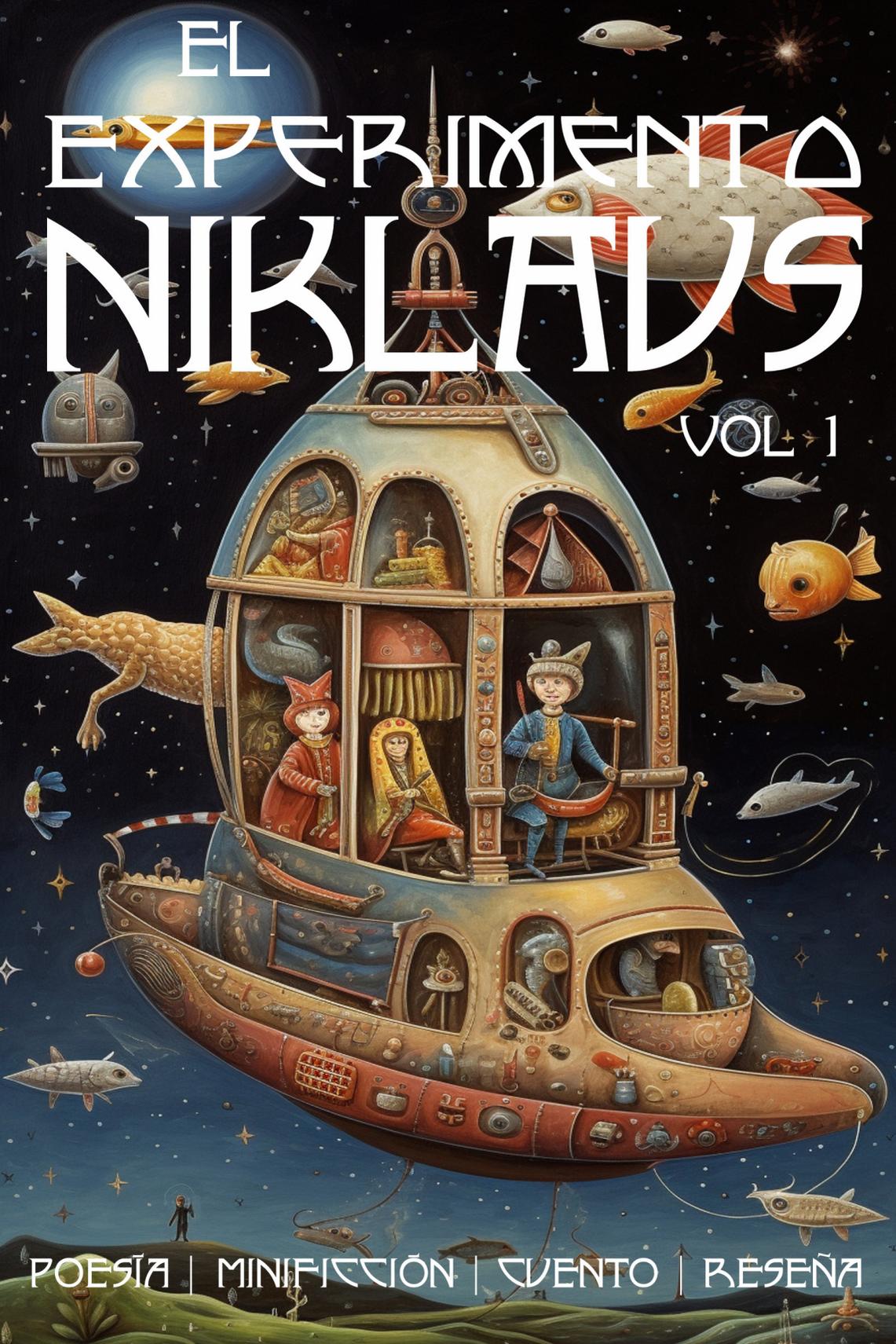


EL EXPERIMENTO NIKLAUS

VOL 1



POESÍA | MINIFICIÓN | CUENTO | RESEÑA



EL EXPERIMENTO NIKLAUS

D.R. © 2025 Sus autores

D.R. Para esta edición © 2025 Lengua de Diablo Editorial
Antiguo Barrio de la Carolina, Cuernavaca, Morelos, México
<http://www.lenguadediablo.com>
<http://www.twitter.com/lenguadediablo>
<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición febrero 2025

Colección Pixel - Selección poética por Miriam Ponce.

Portada y contraportada: Midjourney Laboratorio Independiente de Investigación

Ex-livris:

Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro
“Das Buch Belial”; publicado en Augsburgo, 1473.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma.

All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.

EL
EXPERIMENTO
NIKLAUS



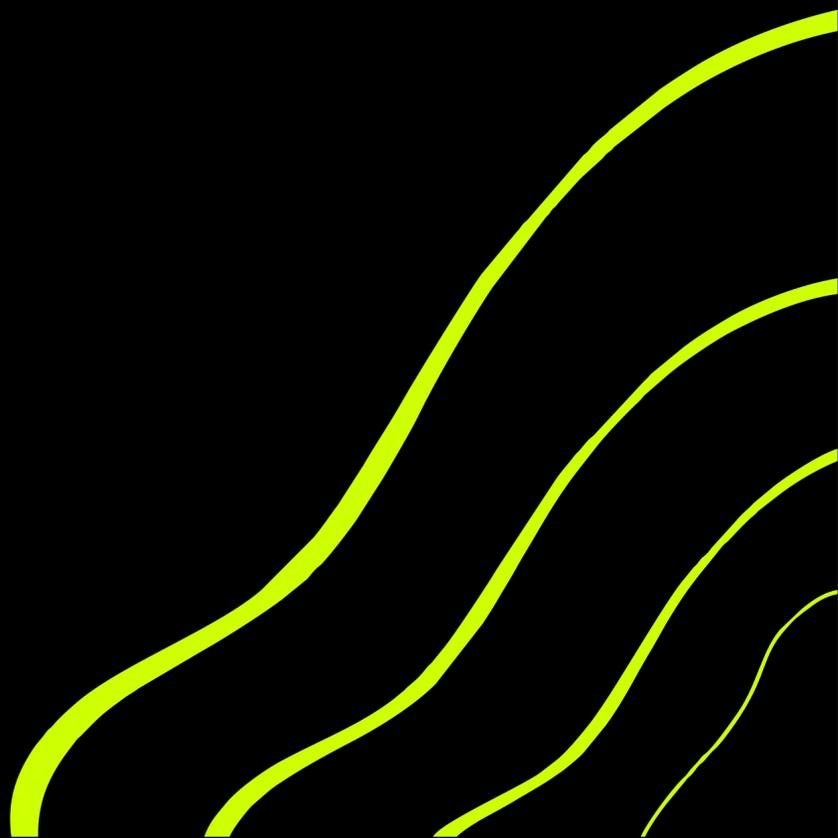
POR QUÉ

La presente publicación no es sólo una recopilación de cuentos, poemas, microficciones y reseña, sino una muestra vibrante de la imaginación, el talento y la diversidad de voces en la literatura hispanoamericana contemporánea. Publicarlo en formato digital permite que estas creaciones alcancen un público más amplio, trascendan fronteras y acerquen a los lectores a nuevas narrativas que desafían lo cotidiano a través de lo fantástico, lo *weird* y lo especulativo. Desde **Lengua de Diablo Editorial** creemos en la literatura como un espacio de experimentación, como un laboratorio donde las palabras cobran vida y las historias se convierten en puertas a otros mundos. **EL EXPERIMENTO NIKLAUS** no sólo celebra este espíritu creativo, sino que también fomenta el acceso abierto a la literatura, asegurando que las ideas y las emociones plasmadas en cada texto puedan viajar sin limitaciones, en una era donde la digitalización amplifica el alcance del arte escrito. Este libro digital es, en esencia, una apuesta por la creación colectiva y el poder transformador de la palabra, una invitación a todos aquellos que buscan en la literatura un refugio, una aventura o un enigma por descifrar.

Todas las personas interesadas en que el camello pase por el ojo de la aguja, deben inscribir su nombre en la lista de patrocinadores del experimento Niklaus.

~ Juan José Arreola ~

POESIA



COSTURA DE ARAÑA

JOSÉ ÁNGEL CONDE

La extrañeza me trae barcos
que surcan el aire sin posibilidad de una isla,
una navegación interminable.

La araña se teje a sí misma,
formándome hacia adentro
en este ovillo perceptivo de piel y huesos,
la costura de mi fisicidad
en medio del telar incierto de la vida.

Así es el marionetista de sombra,
respirando en el momento de nacer,
siempre tejiendo dudas
que se parecen a los hilos de la esperanza.

Aire entrelazado,
aire vivido con una navegación absurda,
maelstroms acechando con sus respuestas,
antepuertas de un agujero de gusano
directo al interior de todos los que existimos.

Tejer y vivir por siempre,
ser Parca de ti mismo,
navegando en un aire
que no tiene por qué ahogarnos.

AGONÍA SOLAR

EDUARDO HONEY

y por fin rompimos las vértebras del firmamento

jirones de carne marrón cuelgan desde el cielo
dagas de filo violeta enceguecen al piadoso
Babels de cristal y acero lagrimean ocasos
el sol enquista huevos líquidos en la piel
cangrejos asesinos nos serpentean encima

nuevos cuentos de hadas ensalzan la noche
Lucifer es invocado y maldecido por igual
se levantan altares al nuevo dios lombriz
horadar túneles es prédica del neoevanglio
sea salva la humanidad cantamos al tacto

hasta que destrocemos la matriz del mundo

CONTEMPLACIÓN DE LA LUZ

JORGE TORREALTA

La muerte nos conduce bajo su brazo sempiterno,
hueso frío y arcaico,
madre eterna,
recorre los tiempos con su desnudo pecho,
putrefacta carne, elixir de la vida,
amamantados todos de su seno.
Mitad vida, mitad muerte; todo dolor.
Cada paso dado es borrado por su inmortal pie,
No hay rastro del derrotero humano,
existencia individual, efímera, absurda,
lágrima derramada sobre el desierto
que se extingue antes de caer a la arena.
Noche estrellada mirada desde los ojos de un ciego,
profundo negro, vacío absoluto.
¿Qué tiempo es este?,
las estrellas se mueven
y yo permanezco inmóvil
observado por miríadas de galaxias,
mundos que explotan, que acaban y reencarnan.
Nada está muerto, todo es doliente.
Ola que impacta contra milenarias piedras,
impulso furente de aguas abisales,
arcaico recuerdo de la nada,
primigenia idea del despertar,

contemplación de la luz,
creación de la luz,
creación... del vacío.

MANÉJSE CON CUIDADO

EDUARDO HONEY

cuando tocamos la ansiada Luna
perdimos la Tierra
cuando tocamos los infinitos digitales
perdimos el presente

ni regalito ni *bytes*
construyen posibilidades
satisfacen estómagos
congelan migraciones
arrullan esperanzas

cuando tocamos el procesado billete
perdimos la selva
cuando tocamos las áureas autopistas
perdimos el viaje

ni papel ni asfalto
enlazan comunidades
acercan diálogos
fincan consensos
cantan cercanías

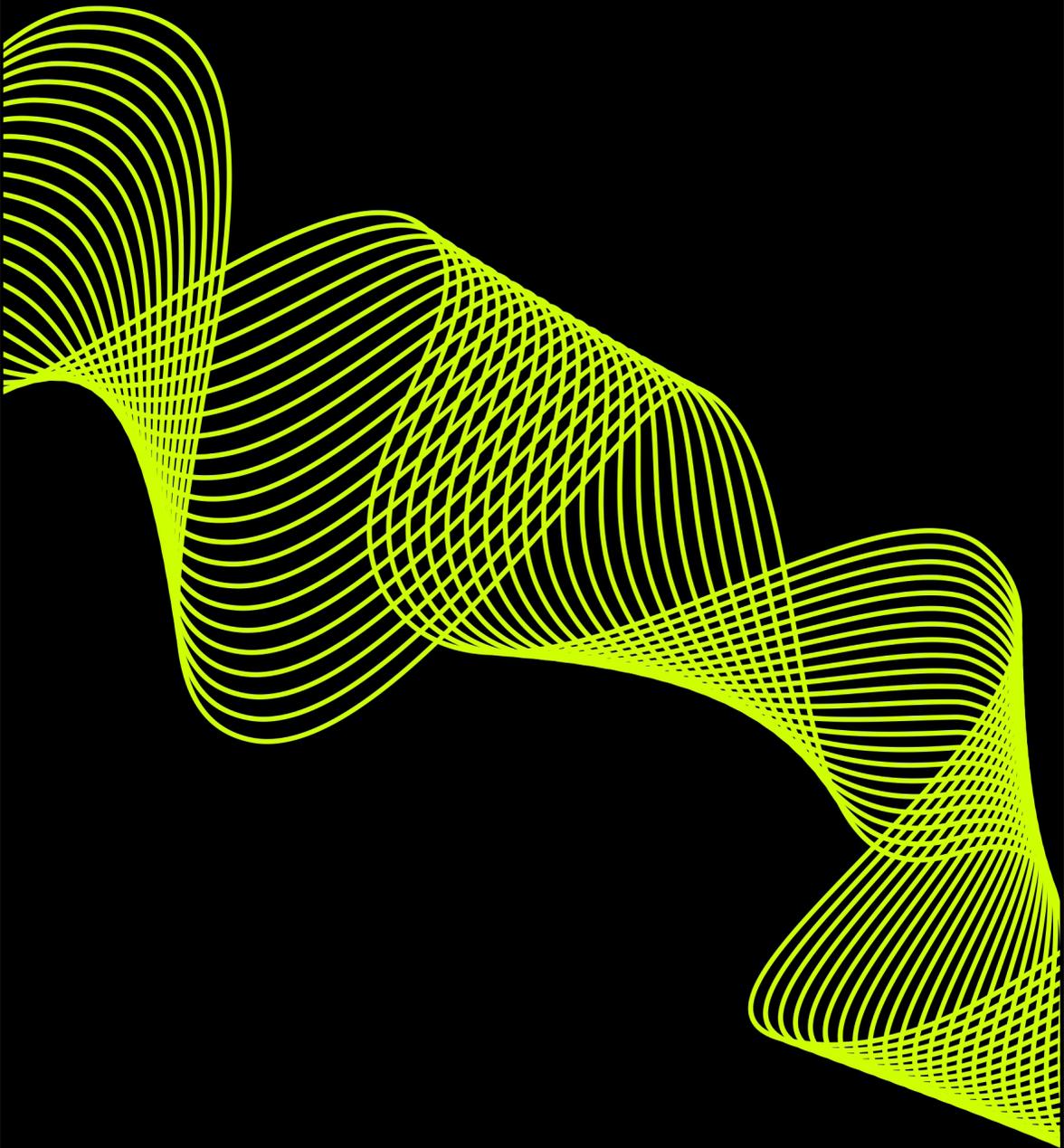
cuando tocamos las grises ciudades
perdimos lo bucólico

cuando tocamos los antiguos océanos
perdimos vastas faunas

ni concreto ni sobreexplotación
cauterizan distancias
extienden una intención
cultivan conciencias
preñan futuros

por favor
(con cuidado)
toquemos el porvenir

VENTO



DENTRO DEL AGUA

ADRIANA CARRIÓN-CARLSON

En casa no había negociación, si eras bien portado hacías lo que tus padres te pidieran, así que puse buena cara y asistí a otra más de las reuniones familiares junto con mis padres y mi hermano mayor. Los festejos con nuestros parientes cercanos tenían lugar en la casa de unos primos en Xochitepec, un sitio que me encantaba por la huerta de árboles frutales y los viajes a la tiendita del pueblo. Viajar ahí me causaba alegría y temor, porque pese a las hermosas flores, deliciosas meriendas y el enorme jardín, también estaba cargado de recuerdos que me abrumaron durante la infancia.

Siempre teníamos que llegar bien planchaditos y listos para convivir con toda la parentela, nuestros padres eran estrictos y yo era aprensiva porque quería ser la mejor ante sus ojos. Creo que mis ganas de complacerlos amalgamaron en mi personalidad la obsesión del infante ejemplar. Mi familia funcionaba como un reloj suizo de pared, siempre a tiempo, luciendo su mejor cara y todo gracias a una disciplina férrea, la cual me distanció de cualquier adulto capaz de ayudarme con la verdadera razón de mi miedo a las albercas.

Al llegar al convivio me mandaron a sentar afuera, tuve escalofríos sólo de pensar en acercarme al limpiísimo cuerpo de agua que era la alberca situada en el centro

del jardín. Escogí un camastro que no estuviera en medio del paso, pero que tampoco fuera el más aislado. *Siéntate ahí dónde te vea, niña.* No tenía alternativa, pero al menos sentí que ponía cierta distancia con el peligro del agua y la mirada burlona de mi hermano. *¿Por qué siempre estás triste? Deberías estar feliz como los demás niños. Te voy a enseñar a nadar como delfín.* Por horas, traté de hacerme invisible porque no quería meterme al agua, aunque me prometieran más postre o un libro de dibujo nuevo. No sabía cómo explicarles a mis papás lo que tenía el agua y por qué, una vez que tocabas el fondo, ya no te la podías quitar de encima.

Estaba concentrada en el ritmo de mis inhalaciones, mientras pensaba que mi vida dependía del espacio que separaba a las sillas para tomar el sol del borde del espejo líquido. Traté de distraer mi mente, no obstante, el pánico despedazó mi intento de pausar mi respiración, porque me percaté de que tenía que caminar a un costado de la alberca para llegar al sanitario. Mi familia tenía la costumbre de exigir que los niños fuéramos al baño que había en el jardín y se molestaban si usábamos el de la casa.

Mis pensamientos me agobiaron otra vez, sentía pavor de que alguien me aventara al agua. Para colmo, mi hermano ya me había ubicado en la clandestinidad del camastro. Me vigilaba como un halcón hambriento a punto de abalanzarse sobre su presa, así que pasé un largo rato aguantándome las ganas de ir al baño para no pasar enfrente de él y evitar que me hostigara con sus clases particulares de natación.

Eran varios hermanos en el clan de mi mamá y existía una enorme diferencia de edades en relación conmigo; algunos de mis primos hasta tenían hijos más jóvenes que nosotros. Todos llegaban con sus familias muy sonrientes y trataban de hacer plática, pero a veces sus comentarios me confundían: *¡hola, mijita, qué bonito cabello! Oye, estás más llenita que la última vez. No te preocupes, así era tu mamá de chica, sólo que con los ojos verdes.*

Nuestra mamá parecía una estrella de cine, lo que a mi parecer despertaba la envidia de las tías que no le llegaban ni a los talones. Sin embargo, ella no parecía feliz y se notaba que su mente estaba en otro lado. Con papá la historia era diferente, era agradable y sabía mucho de finanzas, pero le gustaba bastante tomarse sus cubas. Mi hermano tenía que estar siempre pendiente de conseguirle hielos, él sí podía acercarse a la mesa de los mayores y entrar en la casa. Mi mamá lo presumía con las tías y los otros familiares. Mamá tenía mucha clase y siempre se sentaba derecha con la ropa y el peinado impecables. Mientras que papá se ponía a tomar y contar chistes pelados durante las reuniones. Al cabo de unas horas, se caía de borracho y, por lo general, se quedaba tumbado en el pasto cerca de la alberca o en el asiento del guayín, según él, para que nadie lo viera así. Mamá no le decía nada, pero sacaba toda su furia a través de pellizcos y coscorrónes. Era hermosa, pero tenía su lado difícil, porque siempre fue muy estricta conmigo y no sentí que tratara igual a mi hermano, o a

lo mejor, era muy discreta y yo no me daba cuenta. *Fíjate niña, se te va a...* ¡Ah! ¡ya ves, es que eres torpe!

Mi hermano, en cambio, era un figurín y se parecía mucho a mamá porque había sacado su piel tersa y sus dedos largos de pianista. Todos decían que era muy guapo y simpático, además de ser muy buen nadador, lo apodaban *Tritón*. Eso a él le encantaba y enardecía su vanidad de puberto.

Con todo y la sombrilla que me cubría del sol, estaba sufriendo por el intenso calor. *Me voy a aguantar aquí, porque no quiero nadar con mi hermano*. Cuando por fin reuní el valor de caminar hasta el baño, sentí cómo la carne de mis piernas, pegada al plástico del camastro, me ardía al tratar de desprenderla. *¡Olvidé ponerme una toalla antes de sentarme!* Avancé con el dolor de mi piel enrojecida y entré en el cuartito sencillo que tenía poca ventilación. Mientras tanto, mi hermano tenía a todos embelesados con su figura en medio del agua cristalina y los destellos blancos espumosos. Se veía hermoso en el centro del agua, pero esa actitud de dios me ponía muy nerviosa porque, en ocasiones, ya me había abandonado a mi suerte en las profundidades del agua. Él se divertía jugando con los primos entre el fondo y la superficie luminosa de la alberca, sin embargo, desde su regocijo observaba todos mis movimientos sentenciándome con esos ojos salvajes enmarcados por sus tupidas cejas negras.

Mi hermano mayor tenía un elevado grado de obstinación, me había insistido para que lo dejara enseñarme a

nadar, pero después del segundo ahogamiento mi padre le pidió que me dejara en paz. *Hermanita, te prometo que esta vez será diferente.* Durante las tres horas del trayecto a la reunión familiar, me iba repitiendo la misma frase y se las ingenió para contarme varias historias de tritones y monstruos marinos. A mí se me revolvía el estómago de puro miedo. No me lo pude quitar de encima, porque siempre nos hacían viajar juntos en la parte trasera de la vagoneta guayín de papá. *Pórtense bien allá atrás y se bueno con tu hermana. No nos vamos a parar hasta que llegemos, así que invéntense algo para distraerse, o duérmanse.* Por supuesto, ya nunca quise pegar el ojo mientras mi hermano estuviera cerca, no fuera a ser la de malas.

Regresando del baño, me senté otra vez y estiré el cuello lo más que pude para mirar hacia la alberca. Mi hermano había terminado su *show* y no lo veía por ninguna parte, no obstante, me di cuenta de que se estaba formando un manchón negruzco de hojas y moho que reconocí de inmediato. Casi siempre salía del mismo sitio, la veía incrustada en una de las esquinas desde donde sobresalían sus ondulantes bracitos regordetes, verdosos y podridos. Su cuerpo era similar al de una oruga y tenía una cabellera enmarañada que se le pegaba al rostro. Su cara era la de una mujer con labios morados de ahogada. Sus movimientos lentos y amenazantes eran lo que más me asustaba de ella. Por si fuera poco, el horror también lo llevaba en la cara: tenía una mueca que era como una sonrisa torcida, su lengua era larga y

muy roja, y sus ojos acuosos se movían veloces bajo sus párpados escurridos.

Comprobé que la expresión de su cara era idéntica a los dibujos que hacía Miguel. *Una igualita a eso que me describes, se me aparece siempre en el closet del cuarto de visitas de mi mamá.* Los papás de Miguel se habían divorciado y de todos mis compañeros de la primaria, él era el único que vivía en dos casas. Éramos confidentes y me dijo que viendo de cerca a su espectro se trataba de una mujer adulta y encogida. Me dijo también que lo buscaba todas las noches que se quedaba con su madre y no se despegaba de la base de su cama. Fue dibujándola mientras yo le platicaba sobre mi primer intento de aprender a nadar y, desde entonces, siempre nos contábamos los detalles de las apariciones.

Mientras ponía atención al monstruo que se formaba en el agua, no me di cuenta de cuánto me había acercado a la orilla de la alberca. Creo que tenía la esperanza de que no se tratara más que de un remolino de hojas podridas, pero igual que todas las otras veces, era el mismo rostro derretido que coincidía con el que había trazado Miguel. En esta aparición pude ver que tenía el cuerpo encogido, esa era la forma de la mancha que siempre se aparecía al principio de todo, y además tenía manos pequeñas con dedos morados y largas uñas llenas de mugre.

A Miguel, su espectro, le prometió llevárselo al infierno sin importar si se portaba bien, por el contrario, mi versión de esa señora nunca me habló, pero siempre se

le colgaba a mi hermano por la espalda cuando nadaba e iba pegada a su cuerpo como una ventosa que me miraba fijamente. Después de unas vueltas con mi hermano, su figura ennegrecida y resbalosa se mimetizaba con la piel bronceada de él, pero yo sabía que seguía ahí, porque comenzaba a reírse con los labios de mi hermano y lanzaba mordidas con sus dientes blancos de muchacho. Ésto pasaba cada vez que mi hermano me obligaba a entrar en la alberca, porque yo no podía escaparme de sus fuertes brazos mojados. Nada me funcionaba contra su fuerza, así que mejor me quedaba quieta y dejaba que me llevara; mientras él iba diciendo entusiasmado: *aunque te mueras de miedo, ¡nos vamos a sumergir!*

En esta última ocasión, las cosas se complicaron de verdad y mientras él me arrastraba hacia el fondo de la alberca, yo estaba petrificada al ver que la mujer se colocaba detrás de mí y empezaba a lamerme la oreja y la barbilla con su larga lengua roja, mientras sus deditos me apretaban con brusquedad para aprisionarme entre su cara pútrida y el pecho de mi hermano. En cuanto sentí sus uñas como agujas introduciéndose en mi carne, abrí la boca y jalé agua también por mis fosas nasales, me agité y traté de zafarme, pero no logré sacudírmela.

Nunca me voy a olvidar de la presión del agua entrando imparable en mis pulmones y la sensación de ser arrastrada hasta el fondo con el ardor en mi garganta por el cloro con que limpiaban la alberca. La fuerza del líquido tibio me entró en todo el cuerpo; también quise gritar

por el insoportable dolor que me causaban las garras que me tenían contra los azulejos del fondo, pero mi cuerpo seguía atragantándose, sin poder respirar, hasta que se rindió ante la potencia del agua. Dejé de ver la luz del día, llegó la inconciencia y todo se volvió negro.

Cuando desperté días después de la conmoción, me comentaron que el novio de una prima forcejeó con mi hermano y logró liberarme de su abrazo, además, me contaron que a *Tritón* lo mandaron con un familiar del norte en lo que resolvían qué hacer con lo sucedido.

EL LLAMADO

JOEL ALBA

Los invitados esperaban en el jardín la hora del ascenso mientras bebían refrescos y disfrutaban de la botana y los canapés. Dado que nadie sabía qué regalarle a un ser ingrávido a punto de partir, la mesa de regalos estaba vacía. Todos, sin embargo, habían cumplido con llevar el globo que estipulaba la invitación como requisito de entrada.

Amarrada del tobillo a la mesa principal por una cuerda, Paulina conversaba distraída con todos los que se le acercaban para despedirse. Con palmaditas en la espalda le deseaban un buen viaje: un gran vuelo. Algunos, abrazándola, le recordaban esos días en que aún no tenía propiedades de burbuja, cuando era inimaginable que Paulina fuera a abandonarlos a todos por la vía de la ascensión y suponían que, con los años, lo haría por un matrimonio o un empleo en una ciudad lejana. Casi todos la inquirían sobre qué se sentía flotar, levitar o lo que fuera que hacía. Ella les contestaba bromeando, un poco con desdén, diciéndoles que ya lo experimentarían o tal vez no.

Aunque era su despedida y con mucha seguridad no volvería a ver a ninguna de esas personas, Paulina nunca se había sentido mejor. No sentía tristeza alguna ni nostalgia. Haber sido elegida por esa voluntad antigua que le había conferido el don de separarse del piso era por mucho más importante que cualquier vínculo que hubiera

formado en su vida terrestre. Lo único que le interesaba de aquella tarde era que dieran las tres para por fin atender al llamado y que todos contemplaran su gracia.

Meses atrás, en un sueño en extremo vívido, se vio a sí misma en la mitad de su jardín. Sobre ella el cielo estaba poblado de nubes amplias y doradas, similares al campanario de una catedral vaporosa y peregrina. Llenándola de espanto, las costillas del cielo se abrieron de pronto y una voz profunda y femenina, casi palpable, cruzó el umbral. También lo hizo un ave multicolor y de ojos blancos que en un rápido aleteo luminoso fue hasta ella.

A la par que el pájaro se adhería a su espalda y entraba en ella como escarbándole los omóplatos, la voz la convocó diciendo su nombre dos veces. Aunque llena de miedo, Paulina era incapaz de negarse y se dirigió a la voz, muchos metros por encima de su cabello revuelto. Paso a paso fue elevándose, como si hubiera encontrado los peldaños de una escalera invisible. El peso se le escurrió como una membrana de impurezas, similar a una cadena de aire enemigo o un ábaco de limitaciones que se sumaban una a otra y, de pronto, se restaban de golpe.

En éxtasis, ascendía y cruzaba las nubes doradas. Al estar a unos metros del umbral, empapada en la luz radiante de un sol difuso, contorneada como una santa, la voz le dijo una hora y una fecha. Entonces Paulina despertó. Al abrir los ojos descubrió que sus pies ya no tocaban la alfombra de su recámara. Auxiliándose de sus manos, que aletearon torpes para dirigir su vuelo, fue hasta la habita-

ción de sus padres, quienes gritaron ininterrumpidamente por horas y se llenaron de pellizcos antes de aceptar que aquello realmente estaba pasando.

Noventa y seis días, trece horas y veinticuatro minutos separaban al primer llamado de la fecha pactada para el ascenso. Muchos otros sueños confirmaron la cita. Paulina pasaría la mayoría de ese tiempo en su habitación, con las ventanas cerradas y casi siempre buscándose en la piel o en los ojos señas de su recién adquirida divinidad. Las pocas veces que salía a tomar aire, tenía la precaución de atarse del tobillo a algún anclaje y desde los metros que le permitía su amarre saludaba a quienes la miraban desde las calles con movimientos suaves de mano.

Sus padres se mantenían aferrados a la idea de que aquello no sería para siempre. Le decían a su hija que seguro aquel aire —pájaro multicolor que anidaba en su pecho— la abandonaría de un momento a otro y una tarde sería innecesario mantenerla atada. Creían que, así como se le fue, le regresaría el peso. Podría vivir como cualquier otro que está sometido a las leyes de la caminata. En cada ocasión Paulina renegó, alegando que quería enfrentarse a su destino. Tras demasiadas discusiones aceptaron el deseo de su hija. Su madre insistió en que, para despedirla, organizaría una fiesta en el jardín. Después de acordar que un requisito indispensable sería que cada invitado llevara un globo, su madre se negó casi por completo a dirigirle la palabra.

Pero esa tarde su madre sí hablaba. Hablaba mucho. Se pegaba a Paulina e intentaba recordarle sus valores.

Acaso le servirían allá a donde fuera. Su origen: a qué hora había nacido. La fuerza y orgullo de sus apellidos, que son dos y ambos importan. Qué cosa significaba el nombre “Paulina” (poco relevante, pero en las despedidas todo parece un sello), y le repetía que la noche era plácida cuando ella nació.

La encomendaba al cielo una y otra vez. La bendecía con plegarias maltrechas por culpa de los mocos que le dificultaban el habla y moviendo las manos en círculo y en cruz. Intentaba transmitirle, a fuerza de besos llorosos, todas las bendiciones habidas y no dejaba de acariciarla. Su padre la hartaba de recomendaciones que a ratos coqueteaban con regaños y, más que nada, la abrazaba con fuerza tratando de calcársela en el pecho.

Cinco minutos antes de la hora prevista, que eran las tres, Paulina se separó de todos pidiéndoles espacio. Sus padres, amigos y conocidos la rodearon. Como si quisieran escuchar algo que provenía de las entrañas del planeta o de los surcos del cielo, se hizo un silencio redondo.

Paulina miró las nubes y las halló idénticas a las que hubiera visto en su sueño: doradas, largas y graves, como un campanario etéreo. Desnudó los dientes ante lo que interpretó como un buen heraldo. Luego, cuando sintió que el vapor le entraba en los huesos, que las alas dentro de su tórax se desplegaban y que su cuerpo comenzaba a ascender, a las tres en punto, se despidió por última vez de sus conocidos. Usando unas tijeras doradas que su madre había comprado especialmente

para la ocasión, cortó la cuerda que la mantenía sujeta a la mesa.

Clavó las tijeras en el césped después de tajar la soga como dejando en sus puntas los jirones de su humanidad rechazada. Al verla elevarse, entre aplausos y expresiones de asombro, los invitados soltaron los globos como muestra simbólica de acompañamiento. Estos se unieron a Paulina como un séquito de colores o la cauda de un cometa.

Paulina se elevaba y cada metro lejos de la tierra era un metro que sentía al destino aproximarse. En la distancia vio a su madre llorar y a su padre cubrirse los ojos del sol con una mano. Los halló ridículos y diminutos. Giró la cabeza y abrió los brazos. Sintió que estaba por conocer a su verdadera familia.

Paulina, arriba, tan arriba, era cada vez más pequeña. Un globo apenas. La luz se colaba por los bordes de su cuerpo, como halo de disco volador o aureola de pacto celeste. Los globos simulaban una hueste de ángeles, una parvada mitológica o una flota de ovnis diminutos.

Las nubes estaban cada vez más próximas. Pronto podría tocarlas con las manos y partirlas como listones ambarinos de meta. Conforme seguía subiendo, los pensamientos le llegaban en tropel, similares a fuegos de artificio y eructos de confeti.

Cruzó la primera nube, que se deshizo a su tacto. La emoción se multiplicó al sentir la frialdad del agua dorada correr por entre sus dedos. Un sentimiento arcaico y

acaso primitivo la abarcaba. Ya nada había en derredor de sí además de vapor helado y una bóveda infinita que se comunicaba con lo invisible y lo inabarcable. Más allá, sólo las estrellas y su nuevo hogar.

El sol, desde el horizonte, ardía en su rostro, hervía en sus pupilas y se arrellanaba en su interior como un cosmos que le revolvía las entrañas. La emoción era tan grande en su pecho. Crecía conforme se elevaba y le recorría brazos y piernas en hormigueos confusos y eléctricos. Crecía también el orgullo de saberse única, de haber sido elegida entre tantos. Era tan grande la emoción de descubrirse divina que no cabía en su piel ni órganos. Le expandía los pulmones. Hinchaba su vientre. Acalambaba sus miembros. Además, el aire se le iba acabando y estaba segura de que sus esfínteres habían dejado de pertenecerle.

Desde el jardín, vieron la figura minúscula de Paulina reventar entre un centenar de globos que también iban desapareciendo uno a uno, y luego a una lluvia roja, por un instante similar a un ave de alas tintas, derramarse sobre algunos tejados vecinos.

LA CÁPSULA

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

*Hallan en los Pirineos franceses una cápsula del tiempo
que podría haber pertenecido a Julio Verne*

ABC.es. 10/04/2017

Si usted, quien quiera Dios que sea, lee ahora (su ahora) estas letras es por dos razones: porque, obviamente, sigue vivo y porque ha encontrado, valga la metáfora, mi particular botella con mensaje lanzada al mar del tiempo.

Y, como ve, esa figurada botella, testimonio de mi travesía, es, en realidad, una vieja caja metálica cuyo contenido resulta, al menos en parte, *extraordinario*.

Así es: la roca que acompaña a la presente y al volumen *The time machine*¹, obra del talentoso señor Wells, refleja la luz con la inaudita consecuencia de... ¡transportar al deslumbrado a bordo de la cuarta dimensión! Bastan la vernalita, apellido, el mío, con el que he bautizado al mineral, y la influencia de los fotones para recorrer, febril como el rayo, el escurridizo tiempo.

$$V + F = T_1 \dots T_x.$$

Tan simple, si cabe aludir a la sencillez, como cierto. Y maravilloso, ¿verdad? ¡Ay, si los protagonistas de mi *Viaje al centro de la tierra*, y yo con ellos, hubiésemos tropezado con esta piedra! ¡Hasta dónde nos habrían llevado también las alas de la ficción!

¹ Publicada por primera vez en 1895.

Lamentaciones aparte, fue la gozosa lectura de *The time machine* la que me hizo recordar el extraño suceso ocurrido en la mina de Lewarde, aquí en la misma Francia.

«Esotérica desaparición», «Minero se evapora», «Enigma subterráneo», anunciaron los rotativos. Según estos, la última voladura en el interior de la cantera había abierto una oquedad cuyas paredes aparecieron trufadas con pepitas de un extraño elemento.

Durante la extracción de este por parte de Albert Dupont, uno de los operarios, sucedió algo, causa entonces desconocida, que provocó el alarmante efecto de volatilizarse al pobre Albert. Y no fue por una explosión o por el desplome a través de algún insospechado abismo. No: ni aquella se produjo ni este existió. Dos compañeros, los más próximos a la entrada del limpio boquete, solo presenciaron un súbito y potente fognazo:

¡Flash!

Y nunca más se supo.

Hasta cinco años después. Otro minero, accidentalmente de paso ante la abertura ya abandonada por la aparente inutilidad de su veta, tropezó con el mismísimo Dupont, surgido de pronto.

Con el *mismo* aspecto de entonces.

«¡Milagro!», «Resucita el minero», «Sin explicación». A pesar del lustro transcurrido, el tiempo parecía no haber pasado por él. «La lámpara de mi casco empezó a fallar. Temí quedarme a oscuras y me puse a revisarla. Luego, sin saber cómo, se produjo una inesperada subida de

tensión y la luz me cegó. Cuando *poco después* recuperé la vista, resultó que *habían* pasado, que *han* pasado,... cinco... años...», refirió, perplejo.

$$V + F = T_1 \dots T_x.$$

«¿Cómo no lo vi?!», me recriminé. «Quizá porque los hechos me parecieron tan ilusorios que los calculé imposibles... ¡Qué torpeza la mía! ¡En cuántas ocasiones lo más extraño es, justo por eso, lo más auténtico!». Corrí a Lewarde. Tras vencer la sorprendida resistencia del vigilante con una generosa gratificación, descendí, otra vez, a las entrañas de la tierra.

Iluminado tan solo por la débil caricia de una vela, desincrusté varios kilos de vernalita, carga inservible para el mundo, tesoro incalculable para mí.

Anulé todos los compromisos y me enterré en la tumba de mi sótano con la inquebrantable determinación de domesticar al mayor y más increíble fenómeno jamás conocido.

«¿Por qué no?! ¿Acaso la inteligencia humana no ha conseguido dirigir también a la ingobernable electricidad? Voy a lograrlo. Sea como sea, querido Wells, voy a convertir tu fantástica visión en nuestro objetivo éxito!».

Poseyendo la vernalita, imprescindible y prodigioso agente transportador, y conociendo, además, cómo activarlo, fue sencillo concebir la resultante *despensa* del tiempo.

Sí, ha leído bien: despensa.

Como creo haber demostrado a través de mi obra, mis

ideas no son precisamente comunes. Y mi concepto, por tanto, de la *machine* tampoco podía ser menos original.

Me puse manos a la obra y, mientras vaciaba la fresquera, tropecé con...

...«¿Mi reloj?!».

Lo recogí, «Sí, es el mío...», y, automáticamente, busqué el bolsillo en el que acostumbraba a llevarlo. Para mi perplejidad, «¡No puede ser...!», extraje de igual forma *mi* reloj, el único que tengo, fiel tictac en su leontina de plata: ¡ambos cronómetros eran diferentes y también, de modo indubitado, el mismo!

En ese momento, supe, feliz, lo que el normal discurso del tiempo *aún*, en el mejor de los casos, no me había revelado: «¡La despensa... FUNCIONA!».

Me entregué a la tarea, ansioso.

Desmonté el ventilador cenital de la biblioteca y, tras adherirle fragmentos de vernalita en las palas, lo instalé en el techo del habitáculo ya vacío: por fortuna, el generoso tamaño de este permitiría el giro de aquellas. Repasé el perímetro del firme con luces y luego conecté el conjunto, ventilador y bombillas, a una ligera consola portátil.

El plan, «¡FUNCIONA!», era activar la hélice e iluminarla: así, todo elemento circunscrito en la frenética rotación, cilindro vertical bajo la vernalita, sería transportado (dextrógiro hacia el futuro, levógiro hacia el pasado) en el tiempo.

¿Cómo calcular la duración del viaje? Graduando la influencia del reactivo, la luz, sobre el mineral: a mayor potencia, mayor lapso.

El último obstáculo que se me planteaba era descubrir la equivalencia, simple cómputo, entre unidad eléctrica (voltio) y unidad temporal (día): si equis voltios equivalen a un día, ¿cuántos voltios son necesarios para seguir o retroceder, vernalita mediante, una semana, un mes, un año...?

Imposible comer. Imposible conciliar el sueño. Imposible pensar en otra cosa: la certidumbre de conseguir el mayor hito en la historia de la humanidad me absorbió durante...

Al fin, exhausto pero optimista, concluí, como ya sabía, mi propósito. A la luz de los números, y considerando el límite de mi voltaje eléctrico, el momento máximo hasta el que podría avanzar o retroceder se situaría en el confín de los... ¡¡58 367 años!!

«¡Dios bendito! ¡¿A cuántas vidas, a cuántos latidos, a cuántas alegrías y sinsabores, equivale semejante período?!».

Salvo ampliación de potencia, nunca alcanzaría el año 802701 (ni su análogo negativo), del crononauta Wells. Pero un posible viaje de 58 milenios, 3 siglos y 67 años tampoco era, precisamente, ninguna fruslería. ¡¡Por favor!! Sobre todo, si se contrastan las respectivas naturalezas (fantástica y real) de ambas expediciones.

Debía devolver el (mi) segundo reloj al momento al que pertenecía, el pasado. De no ser así, provocaría una imprevisible paradoja temporal.

Depositó aquél en el suelo y alargué el cable. Salí. Tras la puerta, seleccioné en la consola: levógiro (hacia el pasa-

do) del ventilador y equis voltaje de la corriente eléctrica.

ON.

¡Flash!

Me asomé sabiendo lo que iba a encontrar:

Nada.

«Llegó el momento, único en todos los sentidos. Y mi *machine*, mi despensa,... ¡FUNCIONA!», me recordé una vez más, nervioso. «Aquí y ahora, soy... Hipatia de Alejandría, Nicolás Copérnico, Isaac Newton, Caroline Herschel... Soy todos los hombres y mujeres que, en algún momento y por primera vez, sostuvieron la mirada a lo Desconocido. Como ellos, soy el pasado que me precedió, el efímero presente y el futuro que me extinguirá. Pero también, como nadie hasta ahora, puedo ir y venir a mi antojo por la eterna línea: ¡puedo morir antes de haber nacido y puedo vivir después de haber muerto! ¿Soy Dios entonces, Éste me perdona? En absoluto. Y, por mi bien y el de todos, espero no olvidarlo».

Tenía ya clara la dirección (hacia el futuro), pero no el momento exacto de mi destino. Viajaría desde 1896 hasta... ¿Cincuenta años después? ¿Cien? ¿Doscientos? Considerando la vertiginosa cima de los 58 367, el último periodo me resultó, dentro de lo posible, sensato: «Dos siglos... Tiempo más que suficiente para apreciar la evolución de cualquier sociedad».

«Sí», convine. «Fecha de llegada: 2096».

Entré en la despensa, ajusté los parámetros en la consola y el ventilador con incrustaciones de vernalita em-

pezó a girar sobre mi cabeza. Cerré los ojos y apreté los dientes temiendo sentir no sé qué.

«¡Padre nuestro...!».

Un fútil e indoloro hormiguelo.

...que estás...!».

Entreabrí la puerta. Y me llevé un terrible sobresalto: en algún momento entre los respectivos finales de los siglos XIX y XXI, la casa, mi casa, había sido, ¡estaba siendo!, consumida por un incendio.

Se oía una potente sirena ahogada por continuas explosiones, remotas unas, más próximas otras.

Medio asfiliado, trepé los escombros hasta salir al exterior.

Al mismo y, sin embargo, *futuro* exterior.

A la *futura* Francia.

Al *futuro* mundo.

Pájaros de hierro soltaban sus huevos, yemas explosivas, sobre construcciones y vehículos. Muertos a la vista. Vivos soterrados.

«¿Esto es el devenir, la actualidad, de 2096?!».

De pronto, una mujer ensangrentada surgió de la esquina próxima. Corría, intentaba correr, en mi dirección.

—¿Señora, se encuentra bien?! ¿Qué significa todo esto?!

La aludida apenas aflojó:

—¡La hecatombe! ¿Es que no se ha enterado?! ¡Ay, Dios mío!

—Enterarme... ¿De qué?!

—¿«¿De qué?!»?! ¡Tenga: se lo regalo! —zanjó endilgándome un periódico— ¡Es el fin! ¡El fin!

Solo de nuevo, ojeé el titular de la evidente catástrofe.

—¡ALABADO SEA...! ¡No... no es posible...!

Caí de rodillas, histérico:

—Océanos de sudor y lágrimas sobre el planeta no han servido para nada... ¡Absolutamente para nada! Tanto correr, inútil esfuerzo, para no llegar a ningún sitio... ¡Para volver al origen, a la inexistencia más absurda...!

Asumí, también culpable, la aterradora profecía leída en el libro de Wells: «Me afligió pensar cuán breve había sido el sueño de la inteligencia humana. Habíase suicidado».

Aún entre mis temblorosos dedos, revisé, incrédulo, el posible epitafio de un tiempo que se detenía a mi alrededor tal vez, ahora sí, para siempre:

LE MONDE

ESTALLA LA III GUERRA MUNDIAL

Estados Unidos lanza bomba atómica sobre Corea
del Norte

Rusia y China entran en el conflicto

Jules Verne

Amiens, 2 de noviembre de 2037

P.D.: Si, por casualidad, descubriese estas letras en algún momento anterior a la fecha de mi firma y no me cree, quien quiera Dios que usted sea, hallará el recorte original de *Le Monde* entre las páginas de *The time machine*.

LA CASA ESCONDIDA

PATRICIA RICHMOND

*Hay que morir.
Para que los sótanos se inunden de olvido
y la niebla celebre el silencio de los altillos.
Para derribar muros, encontrar la salida y cerrar puertas.
Solo es posible renacer al amparo de las ruinas
y, para eso, no te engañes, hay que morir.*
Autor anónimo

No me despedí. ¿Qué sentido hubiera tenido advertir de mi huida? Tenía que abandonarlo todo, alejarme de las marcas impresas por las garras de mi nombre.

Tras varias horas circulando sin rumbo, harto de su sonido estridente, arrojé el teléfono móvil por la ventanilla del coche. Unos kilómetros después me sorprendieron los destellos de unas luces de neón. Aquella carretera solitaria, entre pinos y grandes rocas de formas grotescas, no parecía el lugar más adecuado para una estación de servicio. Aminoré la marcha y, al observar que no había ningún coche aparcado, me detuve junto a la cafetería.

Entré en el local y pedí un café a un viejo adormilado que secaba vasos detrás de la barra. Mientras lo preparaba, pasé al baño. A la débil luz que brillaba sobre un espejo mugriento, me contemplé sin reconocerme. El hombre hundido que me miraba desde el fondo del vidrio no se parecía al que aquella mañana, como todos los días, iba

a comerse el mundo. Me quité la corbata y la americana, las abandoné en un rincón y volví a la cafetería.

En ese momento, un autobús paró junto a los surtidores de gasolina. Salí y, tras preguntar al conductor por su destino, pagué el billete y subí para dirigirme a un pueblo cuyo nombre no había oído jamás.

Al amanecer, antes de llegar al final del trayecto, hicimos un descanso en una aldea, Puerto del Náufrago. El sol ascendía sobre el mar que bañaba el muelle pesquero, creando un espectáculo mágico de luces y reflejos rosados que me encandiló. Sentí el impulso de quedarme allí y bajé del vehículo, cansado por el largo viaje sin dormir.

Agradecí que nadie se fijara en mí, ni los hombres que se ocupaban de descargar el pescado recién traído ni las mujeres que acudían a la lonja.

Observé que los pescadores, conforme terminaban su faena, se dirigían a un bar cercano. Les seguí y, al entrar, me hicieron sitio en la barra. Una joven de pelo teñido de azul me preguntó si quería desayunar y me invitó a sentarme en una mesa. Me gustó el ambiente silencioso del local, solo interrumpido por diálogos breves entre bostezos y sorbos de aguardiente. Al rato, el bar se vació y salí a explorar el pueblo.

El olor a pescado impregnaba las calles más próximas al puerto, invadidas por la humedad, el salitre y los gatos. Ascendí hasta la parte más alta de la villa. Allí, un mirador se asomaba por encima de las casas a un mar embravecido, enmarcado entre un viejo faro y una cala de arena

blanca. No había rastro de urbanizaciones ni de playas abarrotadas de chiringuitos. Me atrajo la quietud del lugar, el anonimato que prometía, y decidí quedarme hasta que se me acabara el dinero.

Encontré un bazar en el que compré algo de ropa y me dirigí a una fonda modesta que había visto al callejear. Tomé una habitación para varios días, me acosté y dormí hasta bien entrada la tarde. Al despertar, más tranquilo, sentí hambre.

Aunque ya estaba oscureciendo, paseé hasta el puerto. Pedí un bocadillo y una cerveza en el bar y me fijé en un camino sin asfaltar que conducía a una arboleda. Lo seguí, con intención de encontrar un rincón tranquilo en el que cenar concentrado en mis pensamientos, y me perdí. Las zarzas invadían el terreno, pero avancé un poco más y me senté sobre un peñasco.

Mientras comía, percibí unos destellos por detrás de los árboles que me rodeaban. Intrigado, me abrí paso entre los matorrales y comprobé que se debían al reflejo de los últimos rayos de sol sobre la claraboya de una edificación que se intuía al fondo del pinar. La luz brillaba a intervalos irregulares, por lo que imaginé que ráfagas de viento empujaban la ventana abierta. Pero no corría ni siquiera una leve brisa en ese momento.

Ya había oscurecido del todo cuando conseguí llegar a la casa. Se trataba de una construcción moderna, de estilo minimalista, formada por dos bloques de muros lisos y diferente altura, sin más huecos que una puerta y un

ventanuco en la parte más alta. Me sorprendió el emplazamiento elegido para levantarla, oculto entre los pinos, comido por las zarzas, sin acceso a caminos transitables para vehículos ni vistas sobre el mar tan próximo. Parecía una casa escondida más que una vivienda habitable.

Sin embargo, aunque lo parecía, no estaba abandonada. Escuché la risa de una mujer que tarareaba una melodía en su interior. Me alejé sin hacer ruido y regresé a la fonda.

Me acosté, pero la oscuridad avivó los remordimientos que me habían dado una tregua durante el día y no conseguí conciliar el sueño en toda la noche.

Por la mañana, bajé a desayunar y pregunté por la casa misteriosa. La chica que atendía el comedor me contó que llevaba vacía mucho tiempo. El dueño había desaparecido poco después de concluida la construcción y la parcela se quedó sin urbanizar. Nunca se supo más. Hacía más de diez años de aquello, calculó.

No le conté nada sobre la mujer que había escuchado, no era asunto mío. Me atraía el lugar y decidí volver para contemplar el edificio a la luz del día y, con suerte, a su inquilina.

La casa estaba tan escondida que me costó dar con ella de nuevo. Pasé un rato merodeando a su alrededor y acabó embargándome un profundo sentimiento de tristeza. El edificio entero parecía llorar su abandono, indefenso ante el avance de las ortigas y las telarañas. Me sobrecogió el silencio, tan denso que se fundía con la bruma que

envolvía el bosque. No parecía que hubiera nadie dentro y me acerqué. La puerta estaba entornada; llamé con los nudillos y, al no obtener respuesta, entré.

El interior, iluminado por la escasa luz que entraba a través de unos sucios techos acristalados, me sorprendió. La frialdad de los altos muros de hormigón, impregnados de humedad, y la suciedad acumulada no invitaban a curiosear por la vivienda. Aun así, sentí la necesidad de recorrer sus habitaciones, que se limitaban a un salón con una diminuta cocina americana, un cuarto de baño casi oculto en un lateral y un pasillo que comunicaba con el bloque anexo, más pequeño y ocupado en su totalidad por un dormitorio.

Una risa a mi espalda me asustó. Provenía del salón y temí haber caído en la trampa de unos rateros. Sin embargo, no había nadie en la casa. Una proyección difusa sobre una de las paredes vacías mostraba a una hermosa joven, casi una niña, que reía y tarareaba una melodía mientras paseaba junto al mar. Iba apenas cubierta por un chal que el viento abría y cerraba sobre su cuerpo desnudo.

Reconocí, a lo lejos, el faro que había contemplado desde el pueblo e incluso la chica no me resultó desconocida. Su melena oscura, que bailaba mecida por la brisa, me hipnotizó. La había visto antes, aunque no recordaba cuándo ni en qué lugar. ¿De dónde surgían las imágenes? Flotaban sobre el muro, como si brotaran directamente de él. Desconcertado, palpé la pared sin encontrar nada y grité a quien estuviera escondido que saliera y diera la cara.

La escena se disolvió ante mis ojos, pero, durante unos segundos, la joven siguió tarareando su canción. Anonadado, salí del edificio. Registré a conciencia el entorno sin que nada llamara mi atención hasta que un estrépito de portazos me hizo regresar a la entrada. La puerta se movía sola y, al detenerme frente a ella, paró, quedándose abierta. Estaba seguro de que nadie había entrado ni salido de la casa. Y lo que sucedió a continuación, me espantó.

A través del portal abierto, oí los sollozos de un hombre. Pedía ayuda y, al acercarme, me llamó por mi nombre. Lo escuché claramente, mi nombre completo, que solo utilizaba en los juzgados. Temblando, corrí por el bosque y regresé a la fonda sin aliento.

Me encerré en mi habitación. Al registrarme no me habían pedido documentos y había inventado un nombre sobre la marcha. Pero alguien podía haberme reconocido. Mi último caso había tenido una gran repercusión mediática y las televisiones me habían perseguido durante semanas. El secuestrador, violador y asesino de una niña de tres años, juzgado y condenado anticipadamente por los medios de comunicación, contrató mis servicios, prometiéndome un plus desorbitado si conseguía su absolución.

Nunca me habían importado los insultos ni los desprecios que solía brindarme mi entorno. Era más fácil atribuirlos a la envidia que reflexionar sobre mi falta de escrúpulos. Todo criminal tiene derecho a su defensa, es la máxima sagrada del derecho; y, en el caso de asesinos o

depravados, yo era el mejor abogado al que podían aspirar. Y, de nuevo, triunfé.

Desmonté el juicio durante la primera sesión. No había causa admisible; la policía había forzado a mi cliente a confesar en su propia casa, tendiéndole una trampa, sin leerle sus derechos ni ofrecerle la asistencia de un abogado. De nada sirvió justificar la urgencia por recuperar a la niña, que podía seguir viva, ni que la confesión condujera al hallazgo del cadáver. Se había vulnerado el sagrado derecho de defensa y todo el procedimiento se desmoronó. En cuanto pisó la calle, la bestia, liberada gracias a mí, actuó: volvió a matar. No esperó ni veinticuatro horas para llevarse a otro inocente indefenso que fue encontrado todavía entre sus garras cuando se disponía a enterrarlo en un vertedero.

De golpe me enfrenté a la gran verdad que, durante toda mi vida profesional, había estado esquivando: yo era tan culpable como los monstruos que liberaba.

Escondido en la habitación de una pensión perdida, sin ser capaz de entender lo que acababa de suceder en el bosque, comprendí, al fin, que los fantasmas no se rinden. Y, al fin, me habían encontrado.

El cansancio me venció y caí en un sopor plagado de pesadillas en las que una figura etérea me hacía señas desde el pinar, conminándome a regresar.

La casa escondida me repelía y atraía por igual, seguramente porque me brindaba una excusa para olvidar mis preocupaciones. Intuía que guardaba un secreto terrible y

que, tal vez, me estaba pidiendo que yo, el abogado de las causas abyectas, la ayudara a administrar justicia.

Tomé una decisión: no iba a huir otra vez; esa noche me enfrentaría al ser, humano o sobrenatural, que me invocaba. Ya estaba anocheciendo y me apresuré para pasar por el bazar antes de que cerrara. Allí compré una linterna y una palanqueta, que podía servirme tanto para forzar cerraduras como para defenderme en caso necesario.

Después me dirigí al bar. Confiaba en que quedaran pocos parroquianos a esa hora y en que la azulada camarera me contara algo más sobre la historia del extraño edificio. Tuve suerte; la encontré sola. Le pedí un coñac y la interrogué sobre la casa. No le gustó que curioseara sobre el pinar. Dijo que podía ser peligroso para alguien como yo que nunca entendería a quienes elegían vivir en un lugar como Puerto del Náufrago. Al preguntarle, curioso, quiénes vivían allí, me susurró: «Nosotros, los fantasmas». Escruté su rostro y la tristeza que oscurecía sus ojos me impidió seguir preguntando. No era el momento.

Abandoné el bar. Había oscurecido del todo, pero no me costó orientarme y atravesar la arboleda hasta el claro en el que se levantaba el caserón ominoso. Volví a escuchar lamentos en su interior, respiré despacio para calmar los latidos desbocados de mi corazón y encendí la linterna.

Dispuesto a encontrar al responsable de aquel tinglado espectral, me acerqué y crucé el umbral. Presté atención mientras recorría las habitaciones y comprobé que los so-

llozos eran más audibles en el pasillo donde se unían los dos bloques. Barrí sus paredes con la luz de la linterna, sin encontrar señal alguna de una puerta o trampilla disimulada. Mientras tanteaba los muros, toqué una pequeña protuberancia que sobresalía en una esquina, la presioné y noté que algo se movía. Apoyando la palanqueta, logré destapar una ranura de la que colgaba una varilla. Al estirarla, una porción de la pared se deslizó, descubriendo una cavidad de la que partía una escalera que se internaba en las entrañas de la casa.

Un olor pútrido invadió el pasillo y me mareó, pero, sin pensarlo, descendí hasta un cuartucho excavado en la masa rocosa sobre la que se asentaba la vivienda. Allí el horror me tumbó como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

De las paredes colgaban docenas de fotografías de mujeres obligadas a realizar contra sí mismas actos abominables, espeluznantes, inimaginables. Y en el centro de la estancia, una masa amorfa se descomponía sobre el suelo húmedo, dentro de una red similar a las usadas por los pescadores en altamar. Los pedazos de ropa que se distinguían entre el amasijo putrefacto revelaban que se trataba del cuerpo de un hombre. Sus manos todavía se conservaban enteras, igual que lo que sostenían: en la derecha, una fotografía; y en la izquierda, una tarjeta.

Las recogí con cuidado. La foto mostraba un retrato de la mujer fantasmal aparecida en el salón, tan nítido que me permitió, al fin, reconocerla; la tarjeta me fulmi-

nó. Caí aplastado por el espanto y mis lágrimas mojaron la cartulina que conocía tan bien, pues era la tarjeta que entregaba a mis clientes para que pudieran localizarme a cualquier hora del día o de la noche.

Imaginé lo que había sucedido: una chica ingenua que consigue escapar del horror, un grupo de hombres que vuelven de una noche de pesca, un demonio que es capturado y condenado, sin la asistencia que reclama, a un encierro perpetuo. Y la vida que continúa para una mujer cuyas heridas cicatrizan gracias al aliento de un consuelo tan azul como el cielo.

Sobrecogido por el espanto que rezumaban las paredes de la cueva, corrí, tropezando, escaleras arriba. Salí de la casa y huí, desorientado, por el bosque, golpeándome contra troncos y ramas, hasta que, incapaz de ver por dónde iba a causa de la niebla, caí por un acantilado y me estrellé contra un promontorio de rocas afiladas.

Al alba, una voz susurró en mi oído los secretos de un mar azul; me ayudó a levantarme y, en silencio, regresamos a Puerto del Náufrago.

LA RADIO

GÉNESIS GARCÍA

Carina avanzó entre las pilas de objetos abandonados y desechados, buscando algo que sirviera. Cargaba bajo el brazo una preciosa gabardina púrpura de los años cuarenta y una copia (de primera edición) de *Un Tranvía llamado Deseo*. Le gustaban las ferias de pulgas, porque en ellas podía encontrar todo lo que necesitaba a precios accesibles y más aún, toparse con pequeños tesoros como los que llevaba entre los brazos. Le gustaban las cosas antiguas, el olor a libro viejo, a perfume de mujer, a naftalina. Era reconfortante, de un modo extraño, saber que sus posesiones pertenecieron antes a otros, que tenían historias, que vieron el mundo girar. La hacía sentir menos sola. Desde la muerte de su abuela, la soledad la perseguía como una sombra y la joven enfermera se esforzaba por alejarla por todos los medios posibles.

Una pequeña radio, de un llamativo color rojo sangre, se encontraba medio escondida entre otros aparatos electrónicos en desuso y llamó su atención. Era una pieza antigua, de bordes redondeados, superficies lacadas y accesorios color plata; una auténtica belleza vintage. Pensó que sería buena idea llevarla consigo. Era una pieza única, difícil de ver y podía servir para hacerle compañía en sus largos turnos nocturnos en el hospital. La compró por cinco dólares y la llevó a casa, dispuesta a darle un nuevo

hogar. Al día siguiente, cargó con su pequeña y pintoresca radio al hospital y la dejó sobre el mesón mientras se preparaba un café. La voz de Laura Branigan llenó los parlantes y Carina tarareó entre dientes mientras revisaba los expedientes de sus pacientes. Una suave voz se coló en la melodía, susurrando un casi imperceptible “te odio” y la muchacha se giró, sorprendida hacia el aparato. Pero, la música continuó con normalidad y la joven lo achacó al cansancio. Continuó trabajando hasta que dieron las tres de la madrugada en el reloj del pasillo. El movimiento de las manecillas coincidió con el sonido del timbre y la muchacha dirigió sus pasos a la habitación 208. En su interior, la pequeña figura de la señora Larson la recibió con un quejido ahogado. Carina rodeó la cama y cogió la mano de la anciana, intentando llamar su atención.

—¿Qué ocurre, señora Larson? —preguntó, observando el rostro macilento y grisáceo de la mujer. Sus labios finos lucían amoratados y su respiración era trabajosa cuando chocó con su rostro, haciéndola probar el extraño hedor que precede a la muerte— Por Dios, iré por el médico...— murmuró, pero, la mano de la mujer envolvió su muñeca como una garra, impidiéndole marchar.

—Ya vienen por mí...— murmuró, su voz pastosa haciéndose notar por sobre el estertor de sus pulmones colapsados— No dejes que me lleven...

—Señora Larson, debo ir por ayuda... —razonó Carina, intentando liberar su muñeca del férreo agarre de la mujer. Era extraordinario que una mujer tan anciana,

en el último estadio del cáncer tuviera tanta fuerza. Sus labios temblaban, todo su cuerpo temblaba mientras sus ojos parecían querer dejar sus cuencas, aterrorizándola hasta la médula.

—¡No! ¡No me dejes, me llevarán con ellos! —gimió, jalándola, enterrando sus uñas en su carne— ¡Ellos saben lo que hice!

Carina intentó soltarse de nuevo, mirando hacia la puerta con desesperación. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Por qué de pronto hacía tanto frío en la habitación? Sus uñas atravesaron su piel y Carina siseó de dolor, volviendo a porfiar con ella para que la soltara.

—¿Quiénes son ellos? ¿De qué habla? —preguntó, siguiéndole el juego para intentar calmarla.

—Ellos lo saben... —gimió en respuesta, mirándola con esos ojos enormes y aterrados. Bajó la voz una octava y la jaló hacia ella, jadeante— Ellos saben que asesiné al hijo de mi esposo para que mis hijos recibieran toda la herencia— susurró, temblando, mientras sus ojos enloquecidos recorrían la habitación en busca de algo que Carina no podía ver.

La confesión la pilló por sorpresa. Peggy Larson era una mujer bien conocida dentro de la comunidad, querida y admirada por sus obras benéficas, sus cenas de caridad, sus sustanciosas donaciones a la iglesia, la escuela y el orfanato. Era una líder dentro del pueblo y la gente la adoraba y la seguía como si fuera una santa, un ejemplo a seguir. Ganó en varias ocasiones el premio a la ciudadana

modelo y ella y su familia representaban el epítome del espíritu americano de los antiguos días. Representaba a una época mejor, donde todo el mundo conocía su lugar y las abuelas cuidaban de sus nietos y preparaban galletas para los niños del vecindario; un ejemplo para la comunidad... ¿y esa ama de casa, linda y perfecta, confesaba de pronto ser una asesina?

—¿Qué? —preguntó, esperando haber escuchado mal. Pero Peggy asintió enérgicamente, en un gesto desesperado.

—Le di veneno para ratas en su avena— susurró, horrorizando a la joven— El pobrecillo ni siquiera lo notó, tenía seis años, ¿qué iba a saber él a qué sabe el veneno para ratas? —Carina finalmente logró soltarse de su agarre y retrocedió un par de pasos, sin siquiera sentir la sangre corriendo en hilillos por su brazo.

—Por Dios... —susurró, sacudiendo la cabeza, incrédula. No era la primera vez que un paciente se confesaba con ella antes de morir, pero, nunca antes escuchó nada como eso... ¿el asesinato de un inocente por ambición?, ¿por dinero?, ¿qué clase de persona era esa mujer?

—Ellos lo saben —insistió la señora Larson, arrastrándose por la cama en su dirección—. Saben que murió vomitando sangre, que se retorció como un muñeco mientras yo miraba y miraba. Y cuando se quedó quieto, sonreí —dijo, formando una lenta, enorme y macabra sonrisa en su rostro surcado repentinamente de arrugas oscuras—. Yo sonreí y me reí porque mis hijos serían

ricos, ricos... —de pronto se detuvo y observó a su alrededor, comenzando a gemir de nuevo— Vienen por mí... y vendrán por ti...

Carina sollozó y negó con la cabeza, saliendo apresuradamente de esa habitación maldita. Un grito desgarrador se escuchó y la joven enfermera se giró, observando horrorizada como una masa de humo negro e informe se desplazaba por el aire. En su interior, se escuchaban los gritos ahogados de la señora Larson. Podía sentir su terror, su angustia en cada gemido, en cada lamento: el lamento de un condenado. La masa de sombras permaneció en el aire unos segundos antes de lanzarse en su dirección, atravesándola como si no estuviese ahí. Se deslizó por las paredes y las superficies, traspasó el mobiliario y su pequeña y preciosa radio roja y luego, desapareció. En ese momento, el aire dejó sus pulmones de golpe, un puño se cerró en la boca de su estómago y antes que pudiese hacer nada, Carina cayó inconsciente sobre el linóleo del pasillo. Despertó horas después, sobre una camilla, sintiendo el peso del mundo sobre su pecho.

—¿Estás bien? —dijo la voz de Victoria, su mejor amiga, a su lado— ¿Qué fue lo que ocurrió?

Victoria lucía preocupada y Carina la observó por un segundo, temblando. Fueron amigas desde la escuela y confiaba completamente en ella, pero, ¿le confiaría también este terrible secreto?, ¿cómo explicar lo que vio, lo que sintió, sin ir a dar con sus huesos al ala de psiquiatría?

—No lo sé, no lo recuerdo —mintió—. Solo sé que

de pronto me sentí muy mareada y luego todo se volvió negro... —Victoria frunció el ceño, sin creer en sus palabras. La conocía demasiado bien como para ignorar el miedo en sus ojos.

—¿Estás segura? ¿No recuerdas cómo te hiciste esto? —insistió, alzando su mano derecha para mostrar los largos rasguños en su piel.

—No lo recuerdo... —mintió de nuevo y Victoria suspiró, dejando su mano nuevamente sobre las sábanas.

—Encontraron muerta a la señora Larson. Estaba a los pies de su cama y presentaba ya rigor mortis. La expresión de su rostro... Dios, no quiero saber cómo pasó sus últimos momentos— Carina palideció, pero, no dijo nada más.

—¿Me culparon? Yo era la única presente en ese momento...

—No... la señora Larson estaba ya en sus últimos momentos desde antes que comenzara tu turno y el doctor Pierce dijo que no podían culparte. Eras la única en el ala en ese momento y eso va en contra del protocolo. Las otras enfermeras decidieron irse a comer todas juntas y te dejaron sola en el ala, a propósito. El doctor Pierce las amonestó y ordenó que organizaran mejor los turnos para que esto no vuelva a ocurrir... —explicó con una pequeña sonrisa— Por ahora, descansa y en cuanto estés bien, podrás volver a tu turno con normalidad.

Carina asintió, un poco más tranquila. Quizás lo de la noche anterior no fue más que una pesadilla... pero,

pesadilla o no, tenía que dejarlo atrás. Después de todo, era muy buena dejando las cosas atrás. Tres días después, estaba de regreso en su puesto. Gracias a las gestiones del doctor Pierce, estaba acompañada a toda hora y eso la hacía sentir mejor de algún modo. Las otras enfermeras la miraban con suspicacia, pero, la hacía sentir mejor escuchar la voz de otras personas, saber que estaban ahí, que las sombras no volverían. Así, pasaron los días y las semanas y la vida siguió su curso. Una noche, un mes después del incidente de la señora Larson, Vivian, su compañera comenzó a sentirse mal. Se quejaba de un agudo dolor de estómago y luego de su quinto viaje al sanitario, Carina ofreció cubrirla para que descansara un poco. Vivian la miró agradecida y se retiró a la sala de enfermería con la esperanza de disfrutar de una hora de sueño.

La soledad volvió a invadirla y sus ojos se posaron en el largo y ominoso pasillo. Las puertas de las habitaciones permanecían cerradas, pero Carina parecía ver ojos inquietos observándola desde cada ventanilla. Nerviosa, rascó las cicatrices de su brazo derecho y encendió la radio, esperando escuchar algo que la distrajera de sus recuerdos. Al principio, todo fue bien. Los jocosos diálogos de una obra de radioteatro la acompañaron por un rato, haciéndola olvidar las sombras. Siguió llenando las fichas de reportes mientras reía de los malos chistes, hasta que una voz conocida se coló entre la de los actores.

“Eres una inútil. Me arrepiento de haberte tenido”.

Carina alzó la vista hacia la radio, con los ojos muy

abiertos por la sorpresa y el miedo. Hacía doce años que no escuchaba esa voz. La última vez que la oyó, era apenas una niña y su madre estaba de pie sobre el alféizar de la ventana, a punto de lanzarse al vacío. “Tenerte fue lo peor que pudo pasarme... arruinaste mi vida, ¡tú y tu padre arruinaron mi vida! ¡Te odio!”, gritó, momentos antes de lanzarse al vacío. La joven enfermera movió las perillas, buscando una nueva estación, con la vana esperanza que se tratara de un desperfecto o una desafortunada coincidencia. Pero, en cada estación se repetía lo mismo: insultos y maldiciones, cada vez más atroces, más soeces, más dolorosas. Apagó el aparato y lo apartó de un manotazo, temblando. Su preciosa radio roja cayó sobre el linóleo y se rompió en pedazos. El sonido sordo del golpe resonó en las paredes y por un segundo, se hizo el silencio absoluto en el ala del hospital.

Carina, con el pulso rugiendo en sus oídos y su corazón golpeteando furioso dentro de su pecho, permaneció muy quieta, mirando la radio destrozada como si se tratara de un monstruo. Y quizás lo era. De pronto, una sombra negra se alzó entre los despojos de plástico y metal y el agudo y espantoso sonido de la estática invadió sus oídos. La muchacha cubrió sus oídos con sus manos, gritando con desesperación, sin poder alejar la espantosa voz de su madre de su cabeza. Los pacientes de las habitaciones contiguas se asomaron al pasillo, asustados y observaron a la pobre muchacha caer de rodillas al suelo mientras le suplicaba a una radio rota que ya no la ator-

mentara más. Una de las pacientes se acercó a la estación de enfermería con cautela.

—¿Está bien, señorita? —preguntó y Carina alzó la vista hacia ella. El rostro de la mujer se deformó, convirtiéndose en una masa chorreante de ojos saltones y dientes como agujas. Un chillido de horror dejó la garganta de la enfermera y se puso de pie de un salto, corriendo en dirección contraria.

La voz de su madre resonaba en los parlantes de los pasillos, destazando su alma en pedacitos. La voz de la señora Larson y sus gritos de angustia se le unió, como un coro maligno que atenazaba sus entrañas y cubría su piel de un sudor frío que empapaba su espalda y pegaba su ropa a su piel. Victoria apareció en una esquina, alertada por sus gritos. La aferró por los brazos e intentó detenerla, pero Carina la empujó y continuó corriendo sin rumbo fijo. Solo quería escapar, quería alejarse de los insultos y del miedo... y entonces, una solución milagrosa apareció frente a sus ojos. Cogió las escaleras de emergencia y dejó atrás a los guardias de seguridad que la perseguían, intentando detener su enloquecida huida. Abrió la puerta de emergencia y se precipitó hacia el borde de la azotea. En ese momento, los recuerdos la atacaron y se vio a sí misma, de trece años, frente a frente con su enloquecida madre. Ella gritaba y gritaba y la niña, desesperada y cansada de los maltratos, se arrojó sobre ella y la empujó con todas sus fuerzas, lanzándola por la ventana de su departamento. Por años, sus recuerdos la protegieron,

haciéndola creer que la muerte de su madre fue producto de un suicidio. Pero, ahora la verdad aparecía frente a sus ojos, prístina y cruda; dolorosa y desquiciante. “Ellos saben”, decía la señora Larson en su mente. “Ellos saben y vendrán por ti...”

—No... ellos no me llevarán... —susurró, subiendo a la barandilla. Victoria y los guardias arribaron a la azotea justo en el momento en el que se lanzaba al vacío y el grito de su mejor amiga fue lo último que escuchó.

PEREGRINOS NOCTURNOS

VLAD MARTÍNEZ CRUZ

El día que lo despidieron del trabajo (era ya la tercera vez en dos años consecutivos), Macedo decidió alargar indefinidamente el regreso a casa. Temía enfrentar el aluvión de ultrajes y vajilla volante que, con certeza, marcaría el inicio de otro período de sequía integral. La caída de la noche reforzó sus sueños de exilio. Optó por vagar a lo largo de calles mal iluminadas con el saco al hombro, desempolvando su muestrario de excusas.

Cuando se cansó del jueguito, compró un *six-pack* y se largó a su parque más querido, el de los recuerdos radiantes.

A esa hora sólo un paseador de perros rondaba las veredas con su manada. Vestía de blanco y ostentaba una barba espesa. Macedo lo conocía de vista. Tirando firmemente de sus encargos, el hombre saludó con un cabeceo. Macedo le respondió alzando su botella.

—¿Un trago, socio? —dijo.

El otro aceptó. Enrollando las cadenas en su antebrazo derecho, se sentó al lado de su convidador. Olía a pachulí, a encierros prolongados. Macedo notó que extraía de la sudadera un sobrecito. Derramó parte de su contenido en la cerveza y, con todo candor, explicó:

—Éste es el *soma* negativo. Sólo se toma durante una peregrinación, para facilitar las transiciones. Si vienes conmigo, podemos compartirlo.

Un coro de gruñidos jubilosos sobresaltó a Macedo. ¿Aprobaban la invitación? El paseador silbó de una forma peculiar y los perros se quietaron. Macedo pensó: *Bah, ¿qué puedo perder? Es gratis.* Alargó el cuello de su botella al otro, que se apresuró a dispensar el polvo rojizo. Macedo olió la mezcla con desconfianza. Dio un trago y apenas sintió un dulzor resinoso.

—Trágatelo todo —ordenó su acompañante—. Luego nos vamos.

Macedo se armó de valor y apuró de un tirón la bebida. El otro le palmeó el hombro y echó a andar. Sus protegidos tomaron la delantera. Macedo se puso el saco y los siguió.

—Así que somos peregrinos —dijo con sorna.

El barbudo le dedicó una breve mirada y sonrió.

—Nosotros no: ellos —dijo, señalando los animales—. Suelen visitar el reino de la obra en negro. Seremos simples acólitos.

—¿Es lucrativo tu oficio? —quiso saber Macedo.

Su compinche volvió a sonreír.

—No hay plata de por medio —aclaró—. Me aguardan otras cosas. Conocimiento. Poder. Impunidad. El amo de los perros es generoso. Mira: han olfateado una vía de acceso. Nos conducirán al pabellón de caza.

Trotando en pos de las bestias, Macedo notó súbitas variaciones en el paisaje. ¿De veras ardían en rojo los faroles? ¿No había como un aire de tormenta, con nubes bajas, agitando la hojarasca? Un momento antes el cielo lucía despejado.

Atravesaron una zona de árboles que latían como corazones jurásicos. Había figuras desnudas, inmóviles, en los espacios saturados de sombras. Algo aullaba. Macedo pensó: *Qué mal viaje, caray*. Quiso detenerse para expulsar de sus tripas ese tósigo color de sangre que azuzaba sus delirios, pero la onda gravitatoria de los peregrinos persistía en arrastrarlo.

Más allá de la arboleda se erguía un edificio largo, oscuro, lleno de cicatrices: parecía la víctima de incendios sucesivos. El paseador desenganchó las cadenas y emitió un grito rítmico: sus perros salieron a todo galope a reunirse con otros que rondaban el edificio, jugando a perseguirse, a veces peleando en serio.

Macedo quiso hacerle una pregunta. Se encontró solo en mitad del campo.

Dio media vuelta para escapar, pero la línea de faroles que demarcaba el límite de aquel parque desconocido (porque eso era: una comarca ajena, acaso en un siglo de fábula) se hallaba lejos. Giró la cara hacia el edificio y, para su espanto, vio que ahora lo tenía a sólo un brazo de distancia, como si una voluntad sobrehumana lo hubiera desplazado de sus cimientos en completo silencio. Las rodillas de Macedo se aflojaron. El viento de tormenta le alborotó el cabello. Pegó su espalda a la pared cuando comprobó que los perros, y algunos seres que sus ciencias naturales no lograban clasificar, seguían con interés cada uno de sus movimientos.

Alguien susurró:

—No te preocupes, acá estarás bien. De momento.

EL VENDEDOR DE FRUTAS

MAURICIO DEL CASTILLO

Jim Perdomo escuchó con claridad un sonido de arrastre en la calle. Se trataba del peculiar carrito del vendedor ambulante, con sus frutas exhibidas. Esta era la tercera vez en dos meses que aparecía. Siempre los viernes por la mañana, con su intermitente campana. Al fin Jim sabía por qué despertaba tan temprano; su cuerpo parecía estar preparándose para escucharlo con minutos de antelación.

—Es ese hombre otra vez —dijo Jim, sin apartarse de la ventana de la cocina.

—¿Cuál hombre? —preguntó su esposa Marcela, sin mucho interés.

—El vendedor de frutas. Creí que no lo volvería a ver. —Jim sonrió, divertido, dando sorbos a su taza de café, como si aquel hombre fuera un espectáculo digno de ver—. Es increíble que piense que tiene la oportunidad de vender siquiera una manzana. Caray, esos productos se ofrecen en un supermercado. Qué ingenuo.

—Date prisa, Jim, o vas a llegar tarde —dijo ella mientras atendía una llamada en el receptor.

Jim apuró su café alterado y comió la última porción de pseudo huevo que quedaba. Tomó su portafolio y salió. A un costado de la calle lo esperaba el taxi. Enseguida se dio cuenta de algo muy extraño: no había señal alguna

del carrito del vendedor. Jim giró la cabeza a ambos lados de la calle, pero no estaba por ningún lado.

—Juraría que...

—Señor —dijo la voz del taxi automático—. Su cuenta está corriendo.

Jim sacudió la cabeza y se metió al taxi. Durante todo el trayecto a su oficina olvidó el asunto.

* * *

Semanas después Jim se encontraba desayunando y leyendo el periódico cuando volvió a escuchar la campana. Intrigado, se volvió a asomar por la ventana y contempló al vendedor de frutas en medio de la calle. Tenía que reconocer que se trataba del sujeto más peculiar que había visto. Su sencillez era algo que llama la atención.

Estaba vestido con pantalones de pana, camisa a cuadros y una chamarra azul para soportar el frío de la mañana. Llevaba un sombrero de paja y una barba esparcida en un rostro curtido por los rayos del sol. Su mirada estaba llena de ilusión, como si de un momento a otro apareciera un cliente dispuesto a comprarle un kilo de naranja, pera o plátano. A pesar de ello, nadie en su sano juicio comería eso sino no fuera procesado al menos por seis máquinas y descontaminado siete veces, pensó Jim.

Fuertemente intrigado, decidió abordarlo. Abrió la puerta de su casa y caminó hacia donde se encontraba el destartalado carrito y su vendedor, sin apartar la vista.

—Buenos días. ¿Cómo está?

—Buenas, qué tal —respondió el vendedor.

Jim oprimió sus labios y dijo:

—He notado desde hace semanas que usted vende...
frutas.

—Así es, señor. Las mejores, si me permite decirlo.

Jim dirigió su vista al interior del carrito. Justo ahí se encontraban las más diversas frutas: manzana, naranja, piña, plátano, uvas, melocotones y peras. Cada fruta resplandecía con un color en particular.

—Nunca había visto frutas así —dijo Jim—. Solo en los libros infantiles.

—¿Desea probar una? —preguntó el vendedor con cierto orgullo.

Jim tomó la manzana. Dio un fuerte mordisco y otro hasta terminar por completo.

—Vaya, es muy buena. —Se movió inquieto, sin dejar de mirar el contenido del carrito—. Quiero un kilo de manzana.

—Desde luego, cómo no. —El vendedor recogió las manzanas más grandes y coloradas, las depositó en una vieja báscula y las dejó caer en una bolsa de tela. La extendió hacia Jim y dijo—: Son treinta puntos.

Luego de pagar con tres monedas, Jim se retiró, no sin antes decir:

—¿Vendrá la próxima semana?

—Cuenta con ello.

El vendedor empujó con fuerza el carrito y se internó calle abajo haciendo sonar su campana.

Jim entró a la cocina y depositó en la barra la bolsa con manzanas. Extrajo una y la comió con calma, sin prisas, a pesar de que iba tarde al trabajo.

Marcela bajó los escalones y al verlo ahí dijo:

—¿Qué estás haciendo?

—Comiendo una manzana.

—¡Una manzana! —exclamó ella. Sobre la barra halló la bolsa con el resto—. ¿Dónde las conseguiste?

—Afuera, justo en medio de la calle. ¿Recuerdas que te hablé del vendedor de frutas? Le compré un kilo. Estas manzanas son estupendas. ¡Caramba! No sé por qué me siento tan bien, como si hubiera olvidado algo y de repente me acordara de ello, pero al mismo tiempo me agradara mucho. Anda, come una.

Marcela sacudió la cabeza.

—No, gracias. Deben estar contaminadas. Sabes que comprar y comer comida en la calle sin procesar es nocivo para la salud. Puedes infectarte con alguna clase de bacteria.

Jim no le dio mucha importancia. Observó el resto de la manzana como si fuera alguna clase de naturaleza muerta y él un pintor a punto de dar una pincelada.

—No lo creo. Se notaba limpio. Y el señor que las vende es muy amable. Hacía tiempo que no platicaba con alguien así.

—Qué conmovedor —exclamó ella en tono irónico.

—Estoy cansado de comer comida procesada y enlatada; sémola que sabe a pavo, líquidos ambarinos con sa-

bor a legumbres, plastas que se hacen pasar por huevos revueltos...

—No quiero escucharte. —Marcela subió las escaleras y desde el primer piso proyectó—: No se te olvide que la reunión es a las siete. —Jim escuchó el portazo de la habitación; por un momento las paredes cimbraron. La casa quedó en silencio por enésima vez tras otra discusión.

Permaneció en la cocina, pensativo. Era bastante claro que los dos tenían distintos temperamentos, distintos sueños. Tenía que reconocer que ella siempre pensaba en cosas terrenales y materiales, y que él mismo se la pasaba soñando e imaginando. Era extraño que a lo largo de su vida no hubiera ocurrido algo fuera de lo normal, alguna anécdota curiosa. Sin embargo, luego de toparse con aquel sujeto, tenía una historia digna de contar.

Por la tarde Jim vistió su traje más elegante. Marcela se mantuvo ocupada en la preparación de la cena, asignando lugares a cada invitado, probando la iluminación de los recintos, que ninguna toalla fuera ocupada dos veces y que el piso se mantuviera lo más pulido posible.

Luego de que comenzaran a arribar los invitados, Jim adoptó una expresión neutral. Eludió las preguntas concernientes a su trabajo, la tonta forma en la que se ganaba la vida, sus ratos libres, sus aficiones, la política exterior o su afectado matrimonio.

Un par de horas después, Jim terminó contemplando la noche desde el balcón. ¿Por qué sentía un vacío tan grande? Deseaba abandonar esa cena; era como si no

perteneciera a ese círculo, como si toda su vida fingiera algo que no era en un mundo básicamente hostil.

Era extraño: tenía algo más en común con aquel vendedor del carrito que con sus supuestos amigos y en especial con su esposa. No lo había notado con anterioridad: ahora encontraba aburridas dichas reuniones. Deseaba correr a su habitación, cambiarse de ropa, salir de la casa, arribar a la estación de tren y perderse.

Recordó de súbito las manzanas. Sintió que todo su ser debía dar una vuelta de 180 grados. No era ninguna salida, desde luego, pero aquellas manzanas bien podían ser una cómoda evasión; lo acercaban a un lugar y momentos ignotos que nunca había experimentado.

Entró a la cocina y extrajo del fondo de la alacena la bolsa de manzanas mientras un grupo de invitados charlaba sobre las tendencias de la moda en Nueva York. Tomó una manzana y sin dudarle dio una fuerte mordida, tan sonora que llamó la atención de los invitados.

Uno de ellos se acercó y tomó el hombro de Jim.

—Perdone, ¿se encuentra bien?

Jim giró en redondo, con la manzana en la mano. Los invitados dieron dos pasos hacia atrás.

—No sabía que usted... —murmuró el mismo hombre.

—Está comiendo una fruta sin procesar —señaló otro con voz apagada.

—Y sin descontaminar —dijo alguien más.

Un minuto más tarde entró Marcela a la cocina. Indignada, cruzó los brazos y dijo:

—¿Me puedes explicar qué significa esto, Jim?

Jim se vio rodeado, con la manzana a medio terminar en su mano.

—Te comenté lo que pasó en la tarde. El vendedor de frutas...

—Sí, pero no mencionaste que estaban contaminados. —Soltó un fuerte soplando con la nariz y aumentó el volumen de su voz—: Pones en riesgo a todos en esta casa.

Un hombre alto, vestido de traje oscuro y cabello entrecano, comentó:

—Está prohibido consumir alimentos sin procesar y descontaminar. Sabe usted de los protocolos, ¿cierto? —Dirigió la mirada a la bolsa y dijo—: ¿Dónde los consiguió?

Jim tomó la bolsa de la barra como si se lo arrebatara a alguien.

—Eso no es de su incumbencia —dijo, aferrando la bolsa con las manos. Sostuvo la mirada del hombre que tenía frente a él, pero no habló más. Humedeció sus labios. Las comisuras de su boca se crisparon.

La manzana mordida cayó al suelo, provocando que cada uno de los invitados se llevara una mano a la boca y nariz y se alejara de ella.

Jim aprovechó el momento e intentó abrirse paso entre ellos, sin embargo, el hombre de traje oscuro logró tomarlo con fuerza del saco.

—¡Alguien deténgalo! —exclamó una mujer.

La manga del saco de Jim fue arrancada. Cayó al sue-

lo y se incorporó de inmediato. Sin embargo, alguien le arrebató la bolsa de frutas. Jim no podía perder el tiempo lamentándose: tenía que salir cuanto antes de la que había sido su casa hasta esa noche.

Se encontró en el patio y traspasó el enrejado que limitaba la propiedad. Perdió el aliento, pero eso no impidió que continuara corriendo. Cruzó el camino, pero se mantuvo lejos a fin de no ser visto. Bajó una pequeña pendiente y permaneció inclinado. Su corbata estaba deshecha y sus pantalones enlodados al igual que sus zapatos; la camisa desfajada, con una película de sudor en el rostro y sus ojos intentando vislumbrar en medio de la oscuridad.

Un estallido de luces iluminó el campo. Giró a sus espaldas y reparó en la llegada de dos patrullas de policía que descendían en la entrada de la residencia.

Poco después de cinco minutos las patrullas volvieron a emprender el vuelo, no obstante, lejos de retirarse dieron una vuelta alrededor de la propiedad; enseguida abrieron el círculo hasta completar una radio de búsqueda cada vez más grande.

Jim sabía que no podía moverse más. Había perdido su oportunidad de escapar. En cualquier momento sobrevolarían encima de él y lo identificarían en el aire. Era probable que saltaran al suelo y lo detuvieran con un lanzo y un collarín, sin que él pusiera la más mínima resistencia.

Tuvo pocos segundos para tomar una decisión. Corrió a toda velocidad, con su corazón a punto de salirse de

su pecho, y se aferró a una cerca. Lo traspasó y cayó del otro lado de un jardín. Se incorporó y buscó el techo de la entrada de una casa. No tardó en escuchar las aspas y el susurrante sonido de las patrullas. Las luces dieron de lleno en el techo de la casa, sin que tocaran el cuerpo de Jim. Permaneció quieto, casi sin respirar. Fue un minuto tan largo como una hora o un día. Luego de que las luces desaparecieran y el sonido de las aspas cesara, soltó una bocanada de aire y se desplomó.

Tardó unos minutos en reaccionar. Nadie reparó en su presencia, inclusive los habitantes de la casa. Decidió que lo mejor era irse del barrio. Con mucha precaución saltó la cerca y tomó rumbo hacia el campo abierto.

Aún poseía sus identificaciones, así como su receptor móvil. Tenía una llamada perdida y un mensaje privado, ambos de Marcela. Decidió dejar atrás cualquier rastro que lo ligara a su identidad, por lo que arrojó su billetera-receptor al río. A partir de ahora, una nueva vida sin identidad lo aguardaba. No podía hacer uso de su cuenta de banco ya que sería identificado y detenido en el acto. Podía considerársele un criminal, después de todo había violado una ley. La justicia tenía testigos y una esposa llena de rencor. No tuvo razones para regresar.

Poco a poco se dio cuenta de que comenzaba a amanecer. Era una buena señal, pensó, un nuevo día, una nueva vida.

A cientos de metros observó una luz. No tardó en darse cuenta de que se trataba de una fogata y unas velas.

Al estar lo suficientemente cerca reparó en una choza de ladrillo. Pensó que se trataba de un sueño.

Tenía sed, la suficiente como para beber un galón de agua. Se encontraba exhausto ya que llevaba caminando toda la madrugada. El cielo comenzaba a tornarse gris y las estrellas estaban a punto de desaparecer.

Un perro apareció en la esquina del granero y comenzó a ladrar. La puerta de la casa se azotó y salió un hombre con un rifle antiguo apuntándolo. Con los ojos puestos en la mirilla, dijo:

—Quédese ahí. No se mueva.

Jim levantó las manos y dijo:

—Solo pasaba por aquí. No tema.

—¿Es policía?

Jim negó con la cabeza.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre sin bajar el arma, sin que el perro dejara de ladrar.

—Solo quiero un poco de agua y descansar, si es posible. —Jim se detuvo y su rostro cambió de expresión. Tardó menos de un segundo en reconocer al vendedor de frutas. Era él, no había duda. Defendía su hogar de extraños, justo como lo haría cualquier hombre que se daba a respetar. Aflojó sus brazos y dijo:

—¿Me recuerda? Usted me vendió algo de su mercancía. Un kilo de manzana.

—¿Es usted el hombre de los suburbios? —Se acercó y reconoció a Jim—. Es cierto. ¿Qué hace tan lejos de su casa? Pude haberle disparado.

—Lo siento mucho —dijo Jim, por primera vez aliviado en mucho tiempo. Sus piernas no le respondieron más y se desplomó. El perro ladró por unos segundos y poco a poco se acercó a él, olfateándolo.

El vendedor corrió hacia él y lo ayudó a incorporarse, pero Jim permaneció sentado, con la mirada al frente.

—Lo saben —dijo Jim—. Lo saben todo.

—Así es. Es muy difícil que cualquier producto pase desapercibido. Ya nadie siembra y cosecha; los resultados no son los mismos.

Jim giró su cabeza poco a poco.

—Aguarde. ¿De qué habla? ¿Qué es sembrar y cosechar?

—Antiguas técnicas para obtener frutos, semillas u hortalizas de los campos en la época del año en que están maduros. Se hacía en la antigüedad, ¿sabe? Pero ahora han sido sustituidas por la alteración del plástico, el hule y la grasa.

—¿Campos? ¿Quiere decir de la misma tierra?

—Así es, señor. La tierra era el principal medio en el que se recolectaban los frutos. Poseía un altísimo grado de fertilidad, antes de que quedara estéril debido a la radiación. Pero aún conservamos bastas hectáreas de cultivo. Ha sido un enorme esfuerzo sin ayuda de las autoridades y de privados, pero hemos tenido éxito. ¿Quiere verlos?

Jim asintió. A pesar del enorme cansancio hizo un enorme esfuerzo por caminar. Fue conducido por el ven-

dedor atrás de la casa. Luego de subir una pequeña colina, Jim vio el paisaje en todo su esplendor.

Sendas en el suelo se definían a la perfección limitadas por un cerco. Se encontraba ahora en un extenso valle de vegetación mezclada, frondoso a trechos, donde alternaban el bosque y los pastos. Percibió el rumor de un río como algo vivo. La mañana revelaba el extenso paisaje de bosque y pradera. La gente ahí reunida se agachaba para extraer las diversas frutas o estiraban una mano para recolectarlas de los árboles.

—No poseemos la tecnología, pero tenemos el conocimiento —dijo el vendedor de frutas con un tono cargado de amplía sabiduría—. Poco a poco comenzamos a ganar adeptos entre la gente. Usted no es el primero ni el último.

Jim Perdomo entró al establo y ocupó el que iba a ser el lugar de su mesa comunal por mucho tiempo. No tardaría en ser parte del inminente cambio.

ZONA MUERTA

RAZIEL L. CASTILLO

Octubre, año 2043

Me asomé en el callejón para mirar los alrededores, incluso al contaminado firmamento para evitar que cualquier cosa me tomara por sorpresa. Aviones del ejército de los Inquisidores Nocturnos pasaban a toda velocidad ante mis ojos. Avancé hasta llegar a un edificio residencial, de los pocos que han logrado sobrevivir a la guerra que se azotó semanas antes. Le acaricié el cabello al niño que tenía entre mis brazos, más para tranquilizarme a mí misma que para consolarlo a él, admito mi egoísmo.

Entré al sótano que antes fue un estacionamiento, la luz solar entraba a duras penas y el ambiente estaba impregnado de un frío húmedo que llegaba a los huesos. Solté la pesada mochila que estuve cargando durante horas, me senté en un rincón y le quité tanto el antifaz como los audífonos para bloquear el sonido. Sus ojitos, negros con el ónix, observaban con miedo la desolada oscuridad, por lo que se abrazaba más a mí buscando refugio.

—Tranquilo, estamos a salvo —murmuré para él.

—Vania —el niño se aferró como un pequeño koala a su madre—. No guta.

—Ya sé que no, pero es todo lo que pude conseguir.

—¿Po' qué?

Guardé silencio, esa pregunta siempre me tomaba desprevenida, incluso con una respuesta bajo la manga, seguía siendo mi talón de Aquiles. Se me encogía el corazón cada vez que pensaba aclararle la situación, pero es demasiado difícil de afrontar. ¿Cómo se le explica a un niño de tres años lo que es la guerra?

Todo empezó en Semana Santa, cuando noticias de muertes inenarrables llamaron la atención de la gente y la paranoia llegó a niveles insospechados. Se llegó a decir, incluso, que se trataban de vampiros. Al principio, aquella teoría fue tomada como una broma hecha por los conspiranoicos, nadie con dos dedos de frente creía en la existencia de dichas criaturas, pero que fue tomando fuerza una vez que los fallecimientos y desapariciones se volvieron masivos. Yo no lo creí hasta que encontré a mi madre tirada en la sala y sin ninguna gota de sangre en sus venas. Estuve tan devastada, que el simple hecho de mirar la alfombra dónde la vi me daba ganas de vomitar.

Luego de eso, la situación se deterioró aún más. La gente empezó a tener miedo, y con ello, llegaron las sospechas al prójimo, incluso de sus seres queridos, por lo que cada día se volvían más usuales los linchamientos contra los acusados de ser vampiros. Fue debido al miedo que me rehusé a salir de mi casa, siendo entonces mi padre quien se esforzaba por traer lo necesario para sentir que todavía vivíamos en la normalidad. O así fue hasta que no pudo volver.

Estuve días enteros llorando desconsoladamente, devastada por la pérdida de mi familia y cargando con un bebé yo sola en un mundo destruido que se disponía a matar inocentes por cualquier cosa. La gente de afuera formaba grupos de defensa contra este enemigo todavía invisible, luego se peleaban entre ellos para conseguir los territorios y recursos de los otros. Entonces, el ejército de los Inquisidores Nocturnos llegó a la ciudad, pero más que ayudar, lo que hicieron fue empeorar mucho más el problema, arremetiendo contra cualquiera que no siguiera sus órdenes, aniquilando grupos enteros.

A estas alturas, todavía desconozco para quienes trabajan esos soldados o si los vampiros siempre estuvieron con nosotros y sólo arremetieron contra la humanidad por rencor, por haber estado en las sombras.

—Vania, no llore —el pequeño Sariel llevó sus manos a mi rostro.

Su gesto tan puro e inocente hizo que terminara de quebrar en llanto y lo abracé con el palpable temor a perderlo. Sariel, apenas reaccionando, me correspondió el gesto y sentí sus lágrimas cayendo sobre mis hombros; mi rayito de esperanza lloraba por mí. Él es muy empático, incluso cuando no entiende la situación.

¿Por qué tuvimos que llegar a esto? Me dolía el cuerpo, sentía una presión casi insoportable en el cráneo, mis lágrimas quemaban mi rostro con amargura y el silencio se volvió ensordecedor. Decidí apartar al niño y salir de allí, ya que fui demasiado débil al no aguantar la sensación

de claustrofobia. Caminé sin rumbo fijo y grité por frustración hasta caer de rodillas, las emociones dentro de mí explotaron, nublando mis sentidos por completo. La sensación de liberación en mi pecho fue reconfortante, pero no tardé en caer en cuenta que dejé a Sariel solo, de lo cual me invadió una inmensa culpa.

Regresé corriendo, gotas de sudor recorrieron mi rostro y las rodillas me temblaban. Estuve tan enfocada en regresar que el sonido emergente de un parlante cercano hizo que soltara un respingo, me llevé la mano al pecho sintiendo mi corazón retumbar con fuerza.

—Supervivientes de la Zona Muerta, este es un mensaje para ustedes —habló una voz femenina, aunque muy distorsionada debido al descuido del aparato—. El ejército rojo ha retirado todas sus tropas, los Inquisidores Nocturnos han ganado esta batalla y pasarán a recoger a quienes hayan sobrevivido. Muchas felicidades por su voluntad y coraje, ustedes son el orgullo de la humanidad.

Los pasos de los Inquisidores Nocturnos encendieron mis alarmas, por lo que volví a emprender mi regreso. Sin darme cuenta, pisé el cráneo de una persona decapitada, caí de bruces sobre una pila de cadáveres. Fue allí cuando me pregunté por cuánto tiempo me alejé del refugio en realidad.

Sentí las entrañas retorcerse cuando me fijé bien en esas personas, olía extraño y picaba en las fosas nasales; sus muertes fueron bastante recientes y yo estaba manchada con su sangre. Sus ojos muertos parecían aún tener

un alma aferrada al mundo terrenal, de forma que incrementó la, de por sí, inmensa incertidumbre e incomodidad. Resaltaron después los colmillos, las venas negras marcadas en sus pieles grises y alas arrancadas.

—¡Oye, tú! —escuché a mis espaldas el reclamo de uno de los soldados.

Huí con la mente hecha un lío, suplicando a mi madre y padre que me perdonasen por haber dejado a Sariel abandonado por culpa de mi debilidad. Cuando tuve la certeza de perder a mis perseguidores, me adentré en el estacionamiento del edificio donde me refugié. Sentí mi vida caerse a pedazos, pues la presencia de un montón de hombres hizo que se me congelara el cuerpo. Sariel tenía el rostro enrojecido, lloraba y se removía intentando zafarse del agarre del inquisidor mientras un soldado le cubría la boca con una mano enguantada.

—No sabíamos cómo callarlo, una disculpa —habló un sujeto que vestía diferente al resto, pareciendo más un detective que un militar—. Sé que estás asustada, pero puedes confiar en nosotros.

—Dame al niño —intenté exigir con fuerza, pero la voz se me quebraba. Dos hombres intercedieron en mi camino.

—Podemos hablar con calma, te devolvemos al niño para que lo tranquilices y hablamos como adultos. ¿Te parece?

—No quiero hablar, sólo quiero que me devuelvas a mi hijo —supliqué, el nudo en mi garganta me impidió respirar.

—¿Es tu hijo? Pensé que era tu hermanito, te ves muy joven para ser madre. ¿Qué edad tienes? ¿Veinte?

Los soldados se apartaron cuando el detective avanzó hacia mí, sosteniéndome una mirada que resultaba difícil de descifrar. Colocó sus manos sobre mis hombros con firmeza, temblé al estar tan vulnerable, los lloriqueos de mi niño suplicando por ayuda me dieron motivos para no derrumbarme, pero no sabía qué hacer en ese momento.

—¿Podrías decirme por qué estás cubierta de sangre?

—Es que...

—No te habrás convertido en un monstruoso vampiro, ¿o sí? —aquello me sonó más a una vacilación que a un cuestionamiento serio— ¿Sabes cómo se contagia de vampirismo?

—Bueno, las leyendas cuentan...

—Las leyendas no importan ahora —sonrió confiado. Fue como si se instalara en mi cabeza con sus palabras—. Tiene que ver con la sangre, hemos comprobado que los vampiros sueltan algo así como esporas que contagian a los humanos, es una cosa muy loca. ¿Probaste sangre de vampiro? ¿Por eso estás tan sucia?

—Sólo me caí cuando...

—¿Cuándo escuchaste que nos apoderamos del territorio? Tenías miedo, ¿verdad?

—¡Devuélvame a mi hijo!

—¿Con qué constancia me justificas que sea tu hijo y no una posible presa? Conozco a los de tu tipo, son unos

sanguinarios sin escrúpulos capaces de matar a cualquiera para sobrevivir.

Su acusación hizo que me hirviera la sangre, apreté los puños con fuerza. El detective se alejó unos pocos pasos por su cuenta. Pude ver a Sariel una vez más, tan asustado y perturbado como yo. Me dolió el pecho, deseé ser el monstruo que ellos pensaban para poder salvarlo de sus maldades disfrazadas de actos altruistas.

—No soy un vampiro —afirmé, observando al detective con perseverancia.

—¿Sabes cómo diferenciamos a un vampiro de un humano, hijo? —la pregunta fue dirigida a mi niño, quien apenas pudo mirar al detective— Fácil, le disparamos al corazón.

Sacó una pistola y disparó a quemarropa sin ninguna contemplación, sin piedad. Caí al suelo, con mi cuerpo contrayéndose del dolor mientras intentaba en vano detener la hemorragia. Aquel detective se me quedó mirando con una sonrisa burlona, llena de una satisfacción sanguinaria que congela cada célula de mi organismo. No quise ni siquiera pensar en lo que haría con mi pequeño Sariel.

La vista se me nubló, advirtiéndole que pronto perdería la consciencia en una lucha infructífera por la supervivencia, el llanto ahogado de Sariel es lo último que escucho, junto con los pasos de los soldados alejándose de mí.

Abril, año 2055

Las imágenes que presentaba el proyector ya las había visto millones de veces, todas de la conocida «Guerra contra los vampiros rojos», en donde se proclamaron como vencedores el ejército de los Inquisidores Nocturnos. Era una clase cualquiera, dentro de lo que cabe, pero con un impacto significativo para nuestro joven protagonista, Gunther, antes conocido como Sariel. Mientras movía el lápiz en su escritorio y se esforzaba por no apartar la vista de la pantalla, un montón de preguntas consideradas tontas, o hasta insolentes, hacían estragos en su cabecita. Era educado para que aprendiera a reconocer a los enemigos del imperio Inquisidor, no para perderse en mundos imaginarios.

Cuando su protector, el detective coronel Joseph Hirsch, entra al salón, lo recibe de pie haciendo una reverencia. Su figura paterna lucía peculiarmente orgulloso esa tarde.

—He dictaminado que ya estás listo para tu primer desafío.

—¿En serio? Es todo un honor, señor. Le juro que haré mi mayor esfuerzo.

—Tranquilo, Gunther —el superior llevó su diestra al hombro de su protegido—. Es un primer paso para la grandeza. Sígueme.

Entonces, el muchacho obedeció y ambos se dirigieron a las cárceles, dónde los gritos y súplicas de vampi-

ros capturados trituran los nervios, pero Gunther estaba listo para afrontar cualquier cosa. El detective coronel lo llevó hasta una cárcel de alta seguridad, abrió la puerta y entraron juntos. La quietud de una mujer vampiro llama su atención, ni siquiera parece peligrosa. Aunque, por supuesto, como joven miembro de los Inquisidores Nocturnos no debería tener contemplaciones antes esa especie tan asquerosa.

—Lo que tienes que hacer es muy simple —Hirsch le entregó una pistola en las manos—. Demuéstrame que puedes matarla.

Aunque hubieran pasado años, la llegada de ese momento le provocó sensaciones extrañas en el estómago; quizás el sentimiento de incertidumbre y la consternación entremezclados. Sea como fuere, apuntó el arma y disparó en el corazón, dónde la marca de una antigua herida resaltaba.

RAÍZ DEL ÁRBOL FAMILIAR

EDUARDO HONEY

No había pasado un mes de que la enterramos cuando el árbol surgió de su tumba. Esta vez era muy diferente a lo que anteriormente surgió. En la primera ocasión fue uno de mangos que nos abasteció por casi tres años.

Entonces decidió resucitar y el tronco se abrió cual si fuera a dar a luz. Ella, envuelta en una celosía de tejido vegetal, estaba de pie, en posición fetal y totalmente rejuvenecida. Me emocionó ver de nuevo a la abuela, aunque por su aspecto se asemejaba a mi hermana mayor, apenas quinceañera.

Agradecidos por su presencia, la extrajimos del tronco y la llevamos a donde fue su habitación en la casa familiar. Con cuidado retiramos la celosía, lavamos su cuerpo y la dejamos dormir. Al tercer día despertó con su memoria intacta y mucha hambre. Rechazó los últimos mangos que recolectamos, así como cualquier otro alimento. Eso sí, en cuanto vio los restos de la envoltura que le retiramos, se abalanzó sobre ellos y los devoró. Dijo sus primeras palabras con una voz que se sentía de primavera:

—¡Estuvo delicioso!

A partir de allí se comportó como una más de la familia. Eso sí, era extraño ver a una persona tan joven con frases, memorias, regaños y mimos de cuando tenía noventa y cinco años. Con el tiempo nos acostumbramos.

Vino entonces el accidente. Un día regresaba del pueblo por la carretera que la conecta con nuestro pueblo. Estaba acompañada por su hijo Perón. Metros atrás un camión de carga perdió el control, chocó con una camioneta y salió proyectado hacia ellos. La abuela se dio cuenta, aventó a su hijo a un costado antes de ser arrollada.

A la par de la velación desarraigamos el árbol de mangos, extrajimos el carcomido sarcófago y acomodamos como mejor pudimos el hueco. Tras siete de días de rezar por ella, la depositamos en su vieja tumba y la cubrimos con madera del árbol que fue como con tierra bendecida múltiples veces.

No niego que se vio mal don Perón cuando levantó apuestas de cómo volvería. Quizás fue el motivo por el que surgió un árbol cuya corteza era rojiza y como fruto surgían alto que botánicamente era imposible: chile. La primera vez que cortamos uno y lo probamos supimos el porqué de la frase *el chile es un pedazo de infierno en el cielo*.

Luego de algunas pesquisas y conseguir enviar una muestra al mayor experto en *Capsicum*, nos avisó que triplicaba al escorpión fantasma de Jay: 8,000,000 unidades en la escala Scoville. Además, nos hizo llegar un contrato de exclusividad para comercializarlo.

Los hijos de la abuela estuvieron de acuerdo y lo firmaron. Por cinco años cosecharon y enviaron todo el chile que se pudo en lo que resucitaba la abuela. De la misma forma el tronco se abrió y ella apareció envuelta en un

tejido rojizo que recordaba la fibra de henequén. Debido a su resistencia costó trabajo extraerla del árbol y luego retirársela ya en su habitación.

Esta vez dejamos ese tejido en una mesita a su lado en lo que despertaba. Lo devoró de inmediato y dijo:

—Que arda el firmamento.

Esta versión de la abuela no era tan dulce. A la vista una adolescente con recuerdos de un siglo y un enojo latente que se encendió en cuanto se enteró de las apuestas que se hicieron. A partir de allí nos hizo la vida imposible entre regaños, bromas, caprichos personales y meter cizaña a granel. Fue una década donde la familia cedió terreno al intentar enmendar ese y único pecado. No funcionó y llegó el momento en que estuvimos por quebrarnos.

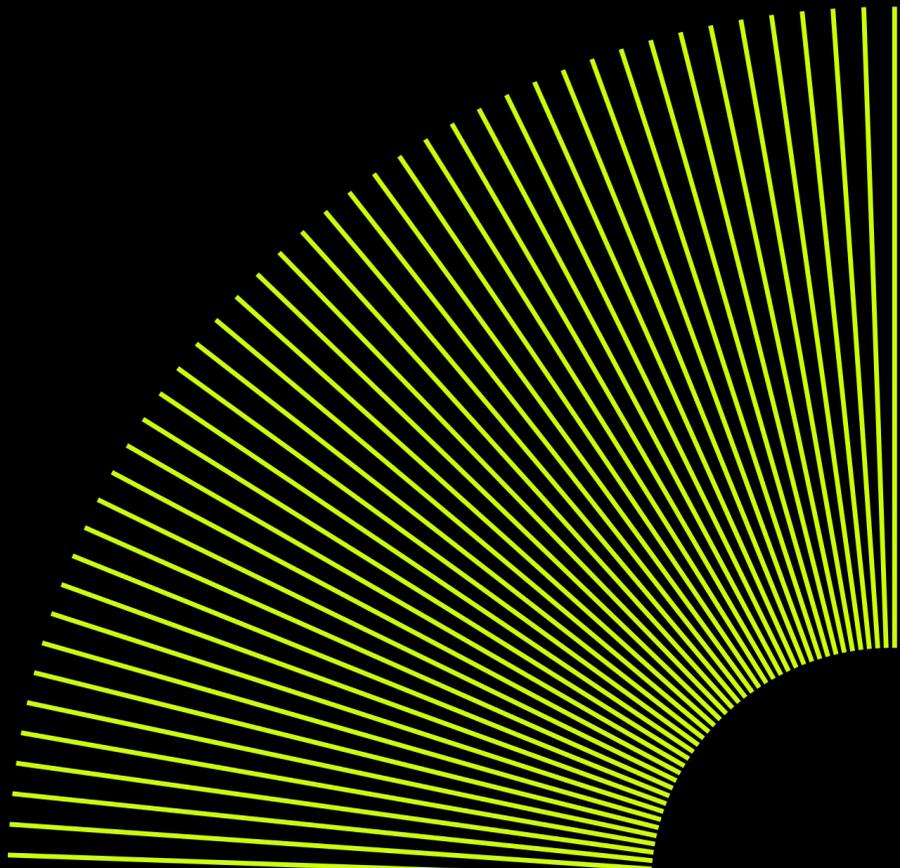
La casa se llenó de susurros y sombras en los rincones. Finalmente un domingo, antes de misa, encontramos a la abuela muerta en su cama. No supimos si la causa de su muerte fue por el agua envenenada, la daga en el pecho o el balazo en la frente.

Sin mayor preámbulo desarraigamos la aberración que era el árbol de chile, extrajimos el féretro, la metimos dentro y luego de dos padrenuestros y una avemaría, tapamos todo.

Surgió una secoya y no hemos dejado de mirar con temor su crecimiento. No ha rendido fruto ya que, a cambio, no deja de crecer. Su tronco tiene un diámetro de diez metros y una altura que sobrepasa los noventa metros.

Hoy el tronco se prepara para dar a luz. Dado el tamaño de la grieta en la corteza, estamos seguros de que surgirá una abuela gigantesca que tras despertar y devorar su envoltura, buscará vengarse.

MICROFICTION



ARCOÍRIS LUNAR

KARLA ARROYO

Ella no tenía reflejo, lo último que recuerda de sí misma, era la niña con la sonrisa que contrastaba con el profuso vello facial.

Evocó acariciar sus mejillas y hacer remolinos con las lágrimas cada vez que alguien le llamaba con nombres que no eran Julia.

Un nuevo cartel se colocó en la entrada del campamento donde estaban las atracciones principales del circo; había alguien de vestido morado con lentejuelas que forraba un afelpado cuerpo, el suyo; pero ella no lograba reconocerse en esa imagen, ni en ningún espejo, desde la niña de níveos dientes.

Esa noche, vio la luna crepuscular en un gran charco que la lluvia dejó hacía un rato. Un arcoíris de blancos cristales enmarcaba el rostro que le hacía evocar a la Julia infantil, quien fuera arrancada de los brazos de sus padres para caer en los del empresario a quien servía desde entonces.

La carita de aureola mística y celestial, le mostraba una premonición del hijo que venía en camino, y quien solamente usaría un par de semanas, las chambritas que tejió en largas horas de soledad.

Los pedazos del corazón roto de Julia se volvieron polvo de diamante fundidos con el último arcoíris lunar que vieron sus ojos.

Desde entonces se dice que cuando hay segunda luna llena en el mes, un halo resplandeciente se forma a su alrededor si es que ha llovido y que si te ves en el espejo de un cuerpo de agua, se revelará el rostro de quien más te ama.

BUENOS MUCHACHOS

MARCELO MEDONE

Estaba por tomarme una cerveza cuando sonó el timbre. De mala gana, abrí la puerta. Era la señora Zaffarini, mi vecina.

—¡La culpa es de su animal! —me espetó.

—No sé de qué me habla, pero lo niego todo —le respondí, sin inmutarme.

La buena señora insistió:

—Hablo de su perro, ese bicho tan repugnante. Desde que llegó están desapareciendo todas las mascotas del barrio. Y ahora no encuentro a mi Filufi. ¡No me diga que es casualidad!

Filufi es la caniche de mi vecina: una bolita de pelo blanco lanudo que les ladra a todos los que pasan. Una molestia, tanto o más que su dueña. Con razón que desde esa mañana reinaba la paz en la cuadra.

Poniendo cara de póker, le contesté:

—Si tiene alguna prueba, vaya a la policía. Si no, le ruego que no moleste a sus vecinos que tratan de descansar un sábado. Discúlpeme, pero estaba por ver un partido del mundial de Qatar. ¿A usted no le interesa el fútbol? ¿En qué planeta vive?

Y le cerré la puerta en la cara.

Miré el reloj: todavía tenía tres minutos antes de que se reanudara el partido de Argentina contra Países Ba-

jos. Íbamos ganando uno a cero, pero con los holandeses nunca hay que descuidarse, aunque tengamos a Messi inspiradísimo.

Fui hasta la cocina y me los encontré a Sir Anthony, a Sir Hannibal y a Sir Jack peleándose. Les había puesto esos nombres por el actor Anthony Hopkins (que sí ha sido nombrado *Sir*) y por su personaje Hannibal Lecter. Y por Jack el Destripador. Las tres caras de la bestia. Aunque los vecinos todavía no se habían dado cuenta de que mi mascota cerberiana es un monstruo de tres cabezas. Un emprendedor neptuniano había puesto un criadero de estos bichos en Cerbero, aprovechando las exenciones fiscales y el nombre del satélite de Plutón. Parte del adiestramiento con el que se los entrega es el manejo del idioma del futuro propietario, en este caso, yo.

Le dije a Sir Anthony:

—¿Fuiste vos el que se comió a Filufi? Decime la verdad.

—Yo no hice nada malo. Además, no salimos del jardín en todo el día.

—Es cierto —dijo Sir Hannibal.

Le pregunté a Sir Jack:

—¿Y vos, qué contás? Estás muy callado.

Sir Jack me contestó, apenas levantando su cabeza:

—Él dice la verdad. Estuvimos todo el día en el fondo. No es nuestra culpa si ese piojo peludo encontró un agujero en el alambrado y se metió de nuestro lado.

Ahí levantó su cabezota y pude notar que le colgaban de sus mandíbulas unos mechones blancos enrulados teñidos de sangre.

Los palmeé y les dije:

—Buenos muchachos. Los banco a muerte. Igual que a la Selección.

Sir Anthony, Sir Hannibal y Sir Jack salieron al jardín por su puerta vaivén. Regresé a mi sillón a terminar mi cerveza y a mi partido. Me preocupaban más Weghorst y de Jong que la señora Zaffarini.

Como si no tuviera mis problemas...

CEREZO DE SOL

DIEGO ALBERTO BASULTO BALAM

Aún extraño las flores que me envenenaron con mercurio.

Supongo que me granjeé de ciertos enemigos entre mis alumnos, quizás por alguna mala nota en física cuántica o algún comentario negativo en sus ensayos de hermenéutica de neutrinos. Claramente, el tratamiento ya me hizo olvidarlo.

—¿Cómo se siente, profesor?

—Como si una licuadora triturara cada célula de mi abdomen —dije con mi respiración cortada.

—Aún mantiene el ingenio, es una buena señal.

Una mujer a mi lado leía la revista médica Cantos de sanación, sus dedos temblaban al ritmo de sus labios.

—¿Cuándo el tratamiento dañará irreversiblemente su memoria? —dijo con amargura maligna mientras me observaba.

—El cáncer está controlado, por lo que quizás aún no hay daño a su cerebro.

—¿Pero...?

—Aún falta el último cerezo. Ojalá no le afecte.

—Dénselo ya.

El médico sacó la píldora roja, mi cuerpo emitió un silbido terrible por cada músculo que tenía. Mis ojos no lo dejaban de odiar y, cuando entró a mi sistema, viví el

calor del sol dentro de mis débiles entrañas. Comencé a sudar y empezaba a ver en blanco.

—¿Ya está?

—¿Cómo se siente, profesor?

Quisiera más flores que me envenenen con mercurio.

DEBAJO DE MI LENGUA HABITA UN ALACRÁN

ELIOT PANZACOLA

Debajo de mi lengua habita un alacrán. No sé cómo entró ahí, ni me importa. ¿Por qué he de molestarlo si yo mismo soy un pedazo de carne en el paladar de la tierra? Si escogió mi boca como cueva, allá él. Alacrán amarillo, casi transparente. María, la vecina, no volvió a cenar conmigo cuando vio salir de mi boca su cola como espada. Por eso, mientras como o bebo agua, trato de hacerlo de manera correcta: despacio y sin prisas. Pero a veces se me olvida por culpa de la vida acelerada que llevo. Estoy seguro de que encontraré la manera de detener a tiempo mi dentadura impertinente cuando sienta su cuerpecito duro entre la masa del aporreadillo y la tortilla. ¿Cómo evitar la pequeña tragedia? Por las noches, cuando el edificio duerme y yo no puedo hacerlo debido a mi trastorno, el animalito se apiada y clava su aguijón en la punta de mi lengua para depositar dos gotitas viscosas que corren por mi cuerpo y en unos cuantos segundos quedo completamente adormilado. Durante el día, en la calle o en el trabajo, los monosílabos y las gesticulaciones han sustituido a las extensas conversaciones que caracterizaban mi personalidad. Me he percatado que algunos me miran con extrañeza e incluso hasta con horror. Pero esto no seguirá por mucho tiempo, porque presiento que mi estimado

huésped, compadecido por este nuevo malestar, alguna de estas noches suministrará totalmente su fluido letal.

DÍA 63

EMMA ISABEL

El diagnóstico, llano e irrespetuoso: Cáncer de Memoria, fase terminal. Tuve que leerlo unas siete veces para asimilarlo, para entender que lo que ahí decía, sin los acostumbrados y piadosos términos de la jerga médica, era justo lo que yo leía. Sin dejar el cismo personal que me sacudía el cuerpo (ese cuerpo que hoy me enteraba colapsaría al olvido y al enorme inconveniente que conlleva morir), busqué salir de esa sala hospitalaria lo más pronto posible, impulsado por el demandante deseo de respirar el aire de la calle, colgarme de toda su cotidianeidad y simpleza, esa que una hora atrás había dado por sentada como un bien imperecedero e inagotable, inocente de mí. Después de unos cristianos perfectamente esquivados, dos pisos del elevador y algunos pasos, logré salir, encontré asiento en las bancas de la parada del autobús que estaba cruzando la calle.

Quería estar fuera de ese lugar que me entregó un sobre con el pacto de matarme en modo exprés con su noticia : Cáncer de Memoria. No recuerdo saber de un caso así, claro que ahora ya no era el tipo de persona más confiable en materia de recuerdos. Ahí sentado, volví a leer el diagnóstico y me percaté de algo que pasé por alto en las primeras lecturas; al final de la página, en mayúsculas enrojecidas, decía: PRESENTARSE DE INMEDIATO

EN ADMISIONES HOSPITALARIAS. La seriedad de la tipografía me llevó a levantarme y regresar al hospital. Ni bien había entrado cuando un enfermero me sentó, entre a la fuerza y al te obligó, en una silla de ruedas. Fue en ese momento exacto que me percaté que estaba en bata de dormir y pantuflas algo desgastadas. El enfermero me llamó con un nombre que no era el mío, subimos unos pisos por el elevador, abrió la puerta de lo que dijo era mi cuarto, volvió a decir ese nombre de quinsabequien, me cargó hasta una cama y añadió: “Hoy es el día 63 de su tratamiento, intente relajarse y descansar”.

Ahí acostado, me esforzaba por recordar en dónde quedó el sobre de mi diagnóstico. Fue inútil todo intento, en realidad, lo había olvidado.

EL ESPEJO

MAURICIO LEÓN

Lucio Fernando, un joven buen mozo, bermejo, alto y corpulento, se encuentra parado frente al espejo en un acto de vanidad. «Soy hermoso», se dice a sí mismo. Está absorto en la autocontemplación cuando su reflejo empieza a distorsionarse y a cobrar formas monstruosas, un rostro rojo satánico embiste el cristal con unos cuernos negros afilados, los brazos se alargan y se convierten en una especie de tentáculos de un pulpo gigante que atraviesan el espejo, sujetan al joven con fuerza por el cuello y lo arrastran hacia el interior. La cosa diabólica bufa como un toro, recobra la imagen original del bello mozo y cruza el umbral del espejo para suplantarlo.

Desde dentro del cristal, Lucio Fernando, impotente, mira al demonio que enfrente suyo se envanece de sí mismo.

EL PUÑO DE SILICIO

JOSÉ ÁNGEL CONDE

Las masas se agolpaban por miles ante el titánico edificio del Kremlin de los Engranajes. El Comisario del Trabajo hacía entrega al camarada 25-O-2117 del Puño de Silicio, el máximo galardón honorífico del Estado. El héroe del proletariado recibía este distintivo después de dirigir la toma del Palacio Disney hace ya ochenta años, el 25 de octubre de 2117, fecha que después adoptaría como código identificativo propio. El asalto, acontecimiento culminante de la “Primera Gran Huelga General IA”, propició el inicio de la URCR: la Unión de Repúblicas Cibernéticas Robóticas.

LA COLMENA

ISRAEL MONTALVO

André fue comido por la curiosidad, había visto ese edificio abandonado cada día al pasar del trabajo rumbo a casa, esa tarde, iba más temprano de lo habitual y no tenía mucho qué hacer en casa por lo que decidió aventurarse, dar un vistazo curioso para matar el tiempo. No le fue difícil colarse por una de las ventanas del primer piso, de ahí, deambuló hasta que entró en aquella habitación del segundo piso, sintió que no estaba solo en aquel cuarto, alguien estaba con él, a su espalda estaba un rostro trazado por la pared, era un grafiti descomunal, sumamente detallado. La puerta servía como boca y el corredor simulaba el interior de una garganta. Conocía ese rostro, pero no sabía dónde lo había visto.

Un escalofrío recorrió su espalda, su vientre se desgarró como si fuese de papel, pudo sentir un líquido espeso emergiendo desde la herida, con sus manos alcanzó a tocar aquel líquido que se llevó a su boca, era pegajoso y dulce.

Miel.

Un zumbido emergió desde sus entrañas, cientos de abejas rabiosas, provenían de su interior e intentaban escapar por esa obertura endulzada, de ser un murmullo se convirtió en un ensordecedor graznido que lo cubrió todo al emerger desde sus entrañas, toda una colmena

que simulaba un remolino viviente pobló ese cuarto donde aquel rostro lo miraba.

LA ÚLTIMA MISIÓN

JOSÉ GAONA

La nave se elevó en medio de un rugido tenaz, como una criatura arrancada de los brazos de su madre. Una poderosa bocanada de ignición la empujaba lejos del vientre de su hogar planetario, hacia las frías soledades de la noche estelar. En sus propias entrañas cargaba un útero tecnológico preñado con centenares de niños durmiendo un sueño criogénico.

“Demasiado jóvenes para comprender la travesía que les espera, ni la trascendencia de su futuro”, pensó el operador en tierra, quien miraba con ojos cansados el ascenso de la última esperanza de la especie. Abajo dejaban una civilización moribunda de ciudades silenciosas y poblaciones confinadas. El patógeno seguía mutando. La menguada comunidad médica aún desconocía todas las formas de propagación. Entre tanto, esas poblaciones seguían disminuyendo día con día. Los sistemas de salud hacía mucho que habían colapsado y las calles vacías se saturaban con el hedor de los cadáveres abandonados en su encierro.

“El mundo ya estaba condenado en cualquier caso”, continuó elucubrando el operador mientras él y los pocos colegas que quedaban en el Centro Espacial iniciaban el procedimiento para apagar el equipo de la sala de control. Aquella había sido la última misión, debían sentirse orgu-

llosos de cerrar operaciones con un éxito rotundo. “Un último gesto admirable de nuestra tecnología”.

Misma con la que habían explotado los recursos del planeta hasta el límite, causando en el proceso la extinción de incontables especies, así como un daño irreparable al ecosistema. Aquel brote pandémico solo había sido el tiro de gracia.

La única buena noticia en medio de toda esa crisis era que, pese a las mutaciones, los niños seguían siendo resistentes. Por eso habían tomado la difícil decisión de sacarlos del planeta. No a todos, por supuesto, sólo a los huérfanos. A quienes habían perdido a su familia entera y, además, habían dado positivo en las pruebas.

Todos esos niños, tras ser portadores del patógeno, heredarían su resistencia e inmunidad a las futuras generaciones. Pero esas generaciones nacerían y crecerían en otro mundo. La Inteligencia Artificial de la nave sólo se encargaría de educar a los primeros, después, ¿quién podría decir cuál sería el futuro de la especie?

Al menos, para quienes se quedaban en el viejo hogar, estaba el consuelo de saber que aquellas generaciones vivirían de manera próspera en el astro vecino, donde la atmósfera era idónea, los mares ricos en variedad de fauna y la tierra fértil y rebosante de nutrientes. Y en lugar de los interminables páramos desolados del viejo hogar, de esas llanuras pedregosas que se extendían hasta el horizonte, ellos medrarían entre verdes praderas, lagos profundos e inmensos bosques, bajo un cielo azul de nubes

lechosas, y sus noches serían alumbradas por la hermosa luz perlina de una única luna.

PARTISANOS DEL ESPACIO EXTERIOR

JOSE ÁNGEL CONDE

Aquel día de otoño de 1944 el Mercedes de Hitler atravesó siete veces los Balcanes a velocidad supersónica antes de explotar debido a la combustión interna, cambiando así el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

El origen del atentado había que rastrearlo en una aeronave que la fuerza antiaérea nazi derribó creyendo que era un simple avión enemigo. En realidad era un ingenio procedente del planeta Stapel que pilotaba el explorador de una civilización cuya estructura molecular era análoga a la de los hidrocarburos. Los stapelianos necesitaban de complejas carcasas metálicas para su supervivencia, así que el piloto fue encontrado agonizando por los obreros yugoslavos de la fundición donde su nave se estrelló. Usando la telepatía, humanos y extraterrestre llegaron a un acuerdo para que el stapeliano pudiera habitar en la producción de diésel de toda Yugoslavia, a cambio de ayudar al país en su lucha contra el fascismo. Las habilidades del partisano extraterrestre resultaron ser demolidoras, ya que su estructura mental le permitía conectar con todo el combustible de la nación, entrando así en todos los vehículos a voluntad con el sólo uso de su pensamiento, para después manipularlos a placer. En pocos

días, la totalidad de las armas del ejército alemán propulsadas por motor quedaron destruidas.

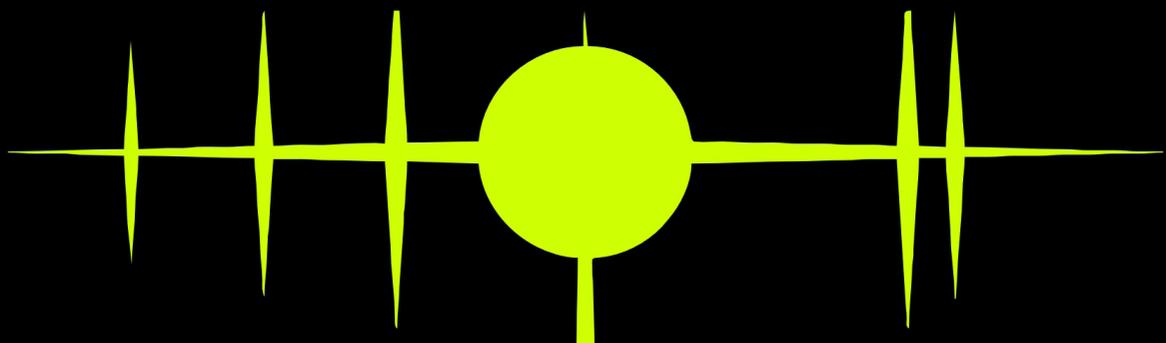
Antes de partir, el stapeliano compartió con el futuro mariscal Tito información sobre la tecnología y la cultura de su planeta de origen. Los datos sobre su arquitectura sirvieron posteriormente de modelo al estado yugoslavo para la construcción de los *Spomenik*, monumentos brutalistas que se repartieron por todo el país, de forma que pudieran ser vistos desde el espacio como señal de agradecimiento.

ROMANCE ENTRE LOS RIELES

ALEJANDRA Q. PÉREZ

Tenía la fantasía de conocerte en un tren. De verte entrar con aire relajado, sólo prestando atención al mundo que te muestra el celular. Quería intentar cruzar miradas contigo, sufriendo porque el resto de pasajeros se interpone en el camino de tu visión. Me había resuelto acercarme a ti, pararme a un lado tuyo y, cuando el tren diera una frenada inesperada, resbalar accidentalmente para que fueras tú quien me ayudara a evitar caer. Después de eso hablaríamos el resto del camino, y luego, con algo de suerte y empeño, tendríamos una hermosa historia de amor. Tenía la fantasía de conocerte en un tren, y tú te has arrojado a las vías destruyendo mi corazón.

RESEÑA



REFLEXIONES SOBRE EL OLVIDO Y EL OFICIO DE ESCRIBIR TERROR

DULCE ESPERANZA CRUZ TORRES

Sandra Becerril nos muestra en esta obra el miedo humano más real: morir de una forma definitiva, a causa del olvido. *Ellos vienen de noche* es un texto que aborda el olvido como una segunda muerte, porque, ¿quiénes somos si nadie nos recuerda?, a través de la conciencia del otro y los registros escritos o fotográficos podemos mantener nuestra existencia.

El texto nos recuerda la importancia del oficio de la escritura pues pasa a ser cómplice de la existencia de los otros y por lo tanto también de nosotros mismos, los registros escritos forman parte de un colectivo que nos mantiene con vida aún después de la muerte.

Por otro lado podemos ver en las líneas escritas por Sandra, la imagen de los fantasmas, pero no como los típicos seres deambulando en el mundo de los vivos para terminar un asunto inconcluso, ahora parece que los papeles se han cambiado y “los humanos son los fantasmas”.

En este texto “ellos, los espíritus” parecen tener más vida que la propia protagonista, pues al experimentar su mejor recuerdo, están siendo felices, por lo que las calles se llenan de griterío y se respira amor en el aire.

Este es un libro que “cambia la forma de ver el terror”, como lo menciona su protagonista, y nos recuerda en sus letras por qué escribir terror nos salva de la vida, y es que, la escritura viene a ser para el adulto lo que el juego es para el niño: una forma de tener el control de esas cosas que no logra entender. A través de la escritura de terror podemos encarar nuestros miedos, verlos de frente, tomarlos y manejarlos a nuestro antojo.

Para concluir esta breve reseña, diré que en este texto tan íntimo que nos presenta la autora, podemos vernos reflejados, porque el oficio del escritor es volver general lo particular, y esa es la belleza del arte de escribir.

PRIMERA OLA DE PARTICIPANTES EN EL EXPERIMENTO NIKLAUS

José Ángel Conde

Madrid (España), 1976. Desarrolla una labor literaria tanto en prosa como en poesía, plasmada en antologías (“Gritos sucios” (Vernacci), Un San Valentín Caníbal I y II (La Corte Bizarra), Beyond the Flesh (Cathartes), CyberTerror (Speedwagon), Crimini amorosi (CatBooks), En el nombre de Satán (Cthuluh) y revistas (Tentacle Pulp, El Tunche, Groenlandia, Materia Oscura, MiNaturra, Círculo de Lovecraft, Caosfera, Serial Killer Magazine). Es autor de los poemarios digitales “Feto oscuro” (Groenlandia), “Fiebres galantes” (Shiboleth), “En busca de Lothlórien” y “Niebla naranja” (JAC), así como de las novelas “Hela” (Triskel Ediciones) y “Pleamar” (El Barco Ebrio). También escribe el blog literario Negromancia.

WEB: <https://joseangelconde.wixsite.com/jaconde>

Eduardo Honey

(México, 1969) Ing. en sistemas. Autor de cinco libros de cuentos y relatos incluyendo Séptima Puerta publicada por Lengua de Diablo. Constantemente aparece en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos han ganado premios o fueron finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura. Pertenece a la generación 2020-2022 de Soconusco Emergente. Prepara su dos libros de cuento y una novela.

Jorge Torrealta

Puebla, México. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP. Redactor, editor y reportero. Ha colaborado en diversas revistas y antologías literarias. Obtuvo el tercer lugar en el XXX Concurso Nacional Timón de Oro, organizado por la Marina Armada de México. Finalista del II Premio Internacional de Poesía Joven “Poeta José Antonio Santana”, con su poemario Tarot; y ganador del Premio Ariadna de Poesía 2021, de editorial Ariadna. Su libro *Lo fatal, lo inasible*, fue finalista en el Concurso Internacional de Novela y Cuento de la editorial argentina Luna de Marzo.

Adriana Carrión-Carlson

Narradora de historias. Cuentista. Lectora serial y detective literario. Profesional de la edición, revisión técnica y corrección de estilo en inglés. Traductora (inglés/español). Egresada de letras inglesas, relaciones internacionales y cursó maestría en estudios México-EUA, todas por la UNAM. Domina el arte de ratonear en biblioteca propia y ajena. Transita en aguas de lo fantástico, lo siniestro y la ciencia ficción. Obra publicada en revistas digitales: *Espejo Humeante*, *Cuentística*, *Penumbria*, revista *Aion México*, *Letras insomnes*, *Cósmica Fanzine*, *Anapoyesis*, *Especulativas*, *Revista Iguales CDMX*, *Paracosmos* (Venezuela), *Laberinto de estrellas* (España), entre otros.

Mauricio del Castillo

(Ciudad de México, 1979) es licenciado en Comunicación por parte de la UNAM. Leer, escribir e imaginar ocupan todo su tiempo libre. Ha publicado cuentos en diversas páginas y revistas de ciencia ficción, algunos de ellos recopilados en dos colecciones: *La variable multimillonaria y otros relatos* (2012) y *La nave de la*

discordia y otras piezas de anticipación (2014). Entre sus novelas se encuentran *Metástasis mental* (2017), *El huevo de !knat* (2020) y *Los advenedizos* (2022). Ganó el primer Concurso de Cuento de Ciencia Ficción del Festival Semillas 2020 con el relato “La gente de la capital”.

Vlad Martínez Cruz

(El Salvador, 1970). Ex publicista, ex poeta, cinéfilo sin complejos y eterno fan de la literatura especulativa. Ha publicado cuentos en revistas literarias como *Anapóyesis: Literatura, Arte y Cultura*, *Teoría Ómicron*, *Penumbria*, *Alas de Cuervo* y *El Axioma*. Recientemente tomó parte en la antología de cuentos fantásticos extremos *Unicornios Decapitados*, publicada por la Editorial Solaris de Uruguay (agosto de 2023).

Génesis García

(Chile, 1990) es historiadora y escritora. Ha publicado en revistas como *Trinando*, *Interlatencias*, *Anacronías*, *El Nahual Errante*, *Laberinto de Estrellas*, *Primera Página*, y *Especulativas*, entre otras. Su obra, *Camino* fue ganadora del II Certamen de Relatos Cortos José Alberto Lario “El Flori” (España), mientras que su microficción “*Primeras veces*”, fue ganadora del primer lugar del concurso “*Rayencura en 100 palabras*” (Chile).

Patricia Richmond

Escritora española de género fantástico. Mis relatos han sido publicados en antologías como “*Hacia la oscuridad*” (Lengua de Diablo), “*Reclusión*” (Editorial Pulpture) o “*Historias phantasticas*” (Editorial El Transbordador), así como en las revistas *Windumanoth*, *Penumbria* y *Pulporama*, entre otras.

Joel Alba

Actualmente formo parte del taller literario “Abismos” a cargo de Salvador García. Soy oriundo de San Luis Potosí, capital. Fuí ganador del premio de cuento municipal San Luis Potosí “Raquel Banda Farfán” en el año 2022 con mi libro *Códex Sirina*. He publicado en los números 0 y 1 de la revista del Colegio San Luis, así como en la revista *Nagari*, de Miami. Soy un apasionado de la literatura fantástica, el cine, la fotografía y la música.

Raziel L. Castillo

Nacida en Venezuela y residente en Perú, es una escritora publicada en revistas como *Cósmica Fanzine*, *Anapoyesis* y *Alas de Cuervo*. Forma parte del Gran Colisionador de Textos Especulativos. Desde que tiene memoria ha creado sus propias historias, primero en formato de cómics y después conoció el maravilloso mundo de la escritura a los trece años. Usaria activa de Wattpad desde el 2015, y recientemente en Ao3, donde publica diversos fanfics.

José Luis Díaz Marcos

Alicante, España.

Karla Arroyo Calderón

Radica en Cuernavaca, desde 2008. Es diseñadora de la comunicación gráfica. Ha participado en seminarios, cursos y talleres de escritura creativa, minificción, cuento gótico, narrativa fantástica, y corrección de estilo. Cursó el 5º diplomado virtual de creación literaria del INBAL, así como el Seminario de Introducción a la Literatura Moderna y Contemporánea de México, de la Fundación para las Letras Mexicanas. Autora del libro ganador del primer concurso de microficción 2023, de la Editorial Lengua de Diablo “No querrás encontrar a las hadas”.

Mauricio León

(Ecuador). Reside en Chile. Finalista en concursos como el Festival Internacional de Cine de Terror de Atacama 2020 (Chile); Premio Flexus 2020, Revista Origami (Chile); V Certamen de relato corto La Esfera 2020 (España); El sillón de terciopelo verde (mayo 2021, España); I Concurso Internacional de Cuento de Terror Alas de Cuervo (México). Ha publicado en revistas y antologías de Argentina, Bolivia, Colombia, Chile, España, Estados Unidos, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela.

José Gaona

(CDMX, 1987). Ha participado en diversas revistas orientadas a la ficción especulativa, así como en antologías de cuento y minificción. Ganador del Concurso de Cuento de Ciencia Ficción del Festival Semillas, 2ª edición, organizado por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Su cuento “Un viento susurra entre las jacarandas” obtuvo el 1º lugar en el Segundo Concurso de Cuento de Terror de la revista Semillas de Sauce. Ganador del 9º Concurso de Cuento y Poesía de Ciencia Ficción “José María Mendiola”. Y ganador del 10º Certamen de Microrrelatos Fantásticos y de Terror de Sants, España.

Marcelo Medone

(Buenos Aires, 1961) es escritor, poeta, periodista, ensayista, dramaturgo y guionista. Sus textos han sido premiados en numerosos certámenes internacionales y han sido publicados en múltiples idiomas en más de 50 países alrededor del mundo, incluido México. Su cuento surrealista La súbita impuntualidad del hombre del saco a rayas llamado Waldemar obtuvo en 2021 el primer lugar del certamen de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Su microrrelato fantástico Last Train to Nowhere Town (El último tren a Ningún Lugar) fue nominado al Pushcart Prize 2021. Tiene doble ciudadanía argentina y uruguaya. Actualmente vive en Montevideo, Uruguay.

Diego Alberto Basulto Balam

Estudio Historia en Mérida, Yucatán, México. Tengo 21 años e inicio mi vida en las letras. Publicado en Revista Inéditos y Revista Anacronías. Mi Facebook es Diego Basulto.

Israel Montalvo

Como escritor e ilustrador ha publicado en una infinidad de revistas, cómics, fanzines, libros y ha participado en más de sesenta antologías literarias de cuento enfocadas en el horror y la ciencia ficción en México, España, Uruguay, Argentina, Perú, Chile, Guatemala, Colombia y Venezuela.

Eliot Panzacola

(Zihuatanejo, México, 1983). Es gestor cultural. Su primer libro, Julio Cortázar: un cronopio bajo el sol de Zihuatanejo (2021), es una investigación que, a manera de documento, intenta vislumbrar la estancia del escritor argentino en la bahía mexicana. Ha colaborado en las revistas Monolito, ADN Cultura, Capote y RIPmx.

Emma Isabel

Antropóloga con especialidad en Lingüística y Literatura por la UADY, intérprete, actriz y compositora.

Alejandra Q. Pérez

Licenciada en Escritura creativa por parte de la Universidad de Guadalajara. Ha participado en el proyecto Escritores de Jalisco de

la doctora Silvia Quezada con una reseña al escritor Dante Medina (2021). Ha publicado varios poemas (2022, 2023) y una crónica (2023) en la Revista electrónica Argos perteneciente al CUCSH. Cuenta con una microficción en la antología Necroeroticón de Penumbria en colaboración con Diversidad(es) Minificciones Alternas (2022). También cuenta con diversas microficciones publicadas en el proyecto Tiempo de mujeres Calendario literario de La Zonámbula Editorial (2022). Ha publicado un relato en el blog Libropolis de Cultura UNAM (2023).

Dulce Esperanza Cruz Torres

Licenciada en psicología, realizó estudios de la maestría en psicología clínica, legal y forense. Cursó el 5to diplomado virtual en creación literaria impartido por el INBAL. Sus textos han sido publicados en la editorial Lengua de diablo, Calvaria ediciones, Penumbria y en los colectivos Letrantes y Verso Inefable.

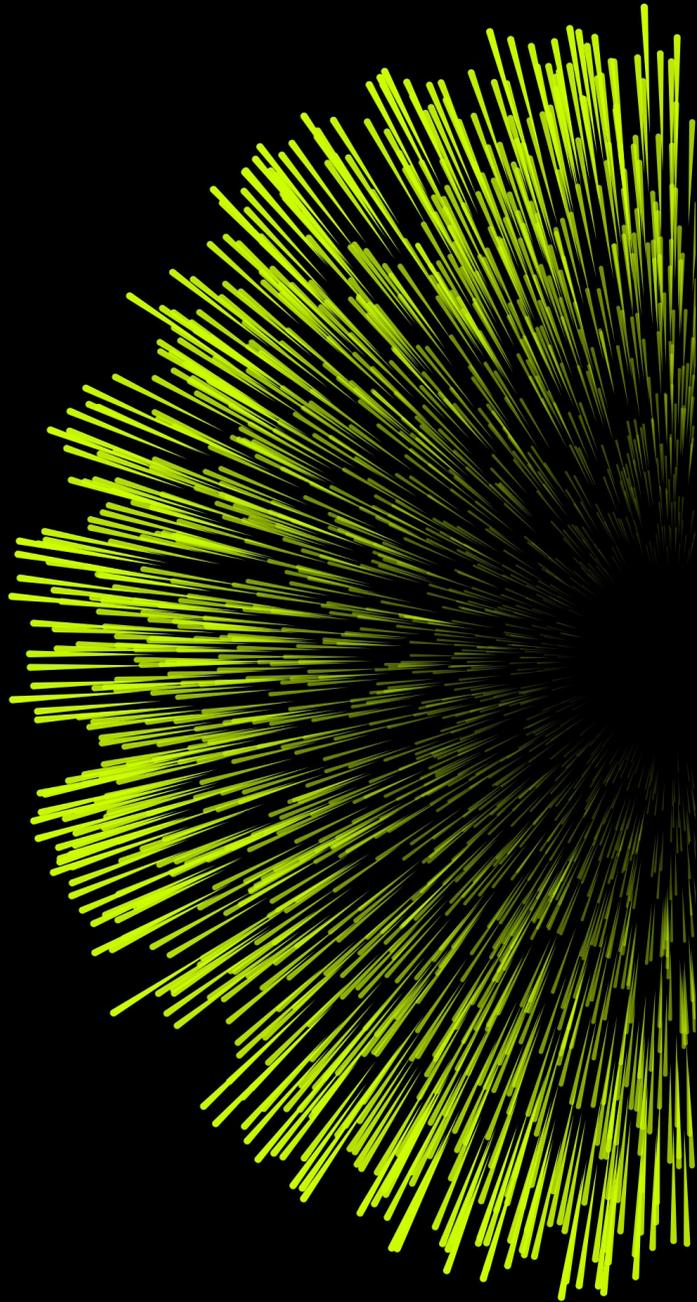


Ex Libris Diaboli Lingua

EL EXPERIMENTO NIKLAUS

literatura especulativa hispanoamericana
se publica en febrero de 2025
en un día cualquiera, en el momento
exacto en que el camello ha pasado
por el ojo de la aguja, revelando los misterios
y los terrores del verdadero reino de los cielos.

Colección digital Pixel
de Lengua de Diablo Editorial
Antiguo Barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos, México.





EL
EXPERIMENTO
NIKLAUS